

Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe

Julio Berdegúe
Thomas Reardon
Germán Escobar
Ruben Echeverría

Banco Interamericano de Desarrollo

Washington, D. C.

**Serie de informes técnicos del
Departamento de Desarrollo Sostenible**

**Catalogación (Cataloging-in-Publication) proporcionada por
Banco Interamericano de Desarrollo
Biblioteca Felipe Herrera**

Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe / Julio Berdegué ... [et al.].

p.cm. (Sustainable Development Department Technical papers series ; RUR-105)

1. Manpower policy, Rural--Latin America. 2. Manpower policy, Rural--Caribbean Area. 3. Wages--Rural industries--Latin America. 4. Wages--Rural industries--Caribbean Area. 5. Job creation--Latin America. 6. Job creation--Caribbean Area. 7. Enterprise zones, Rural--Latin America. 8. Enterprise zones, Rural--Caribbean Area. I. Berdegué, Julio. II. Inter-American Development Bank. Sustainable Development Dept. Rural Development Unit. III. Title. IV. Series.

331.11 O282—dc21

Julio Berdegué y Germán Escobar son Presidente y Director, respectivamente, de la Red Internacional de Metodologías de Investigación de Sistema de Producción (RIMISP), una organización no gubernamental de pensamiento estratégico rural de alcance internacional basada en Santiago de Chile. Thomas Reardon es Profesor del Departamento de Economía Agrícola de la Universidad Estatal de Michigan, EE. UU., y realizó parte del trabajo incluido en este documento durante su sabático en la Oficina Regional de la FAO en Santiago de Chile. Ruben Echeverría es Jefe de la Unidad de Desarrollo Rural del Departamento de Desarrollo Sostenible, Banco Interamericano de Desarrollo y coordinó la preparación de este informe. Se agradece la asistencia editorial de Graciela Testa, Ximena Anwandter y María E. Castro. El financiamiento de este estudio fue hecho en parte con recursos de cooperación técnica regional del BID.

Las opiniones y conclusiones son de los autores y no representan las políticas de las organizaciones mencionadas en el documento ni la posición oficial del Banco Interamericano de Desarrollo.

Noviembre de 2001

Copias de esta publicación (número de referencia: RUR-105) pueden obtenerse dirigiéndose a:

Unidad de Desarrollo Rural
Departamento de Desarrollo Sostenible
Banco Interamericano de Desarrollo
Parada W-0500
1300 New York Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20577

Correo electrónico: sdsinfo@iadb.org
Número de Fax: 202-623-2405
Sitio de Internet: <http://www.iadb.org/sds/>

Prólogo

El empleo y el ingreso rurales no agrícolas constituyen una vía muy importante de salida de la pobreza, para muchos hogares e individuos rurales que carecen de los recursos necesarios para intentar otras opciones de progreso, como puede ser la emigración o el trabajo agrícola por cuenta propia. Por ello, en el marco del nuevo paradigma del desarrollo de las economías rurales en América Latina y el Caribe se ha manifestado un creciente interés en las opciones que ofrece el desarrollo del empleo rural no agrícola. La economía rural es más amplia que la producción primaria agrícola, ganadera o forestal; el desarrollo de la agricultura por sí mismo no ofrece todas las oportunidades que son necesarias para que una porción significativa de los hogares rurales en condición de pobreza puedan superarla.

Tomando esto en cuenta, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), y la organización no gubernamental Red Internacional de Metodologías de Investigación de Sistema de Producción (RIMISP), aunaron esfuerzos en los últimos años para analizar una serie de casos que ofrecen una visión amplia sobre el empleo rural no agrícola en la región.

Los autores del documento destacan que el empleo y el ingreso rural no agrícola son parte de la solución de al menos tres grandes problemas del mundo rural latinoamericano: la pobreza, la modernización del sector agropecuario y el mejoramiento de la calidad de vida de la población rural. El ingreso rural no agrícola no sólo representa un porcentaje alto y creciente del ingreso total de los hogares rurales pobres, sino que contribuye a amortiguar las fluctuaciones en los flujos de ingreso, que son una de las principales características de la pobreza rural.

El documento presenta una visión del empleo e ingresos rurales no agrícolas como elementos deseables de una sociedad rural moderna, lo que contrasta con los esquemas que ven en la caída del empleo agrícola una manifestación de progreso económico. El trabajo describe las características, los tipos y la importancia y potencialidades del empleo y del ingreso rurales no agrícolas en varios países de la región; y presenta recomendaciones para el desarrollo de estrategias de fomento del empleo y del ingreso rurales no agrícolas, incluyendo el diseño de políticas públicas orientadas a aumentar las opciones para el desarrollo de las economías rurales de la región.

Christof Kuechemann
Subgerente
Subdepartamento de Desarrollo Social y Gobernabilidad
Departamento de Desarrollo Sostenible

Índice

I. La importancia del empleo y los ingresos rurales no agrícolas en la lucha contra la pobreza rural	1
II. Un modelo conceptual para el análisis	4
III. Tendencias del empleo y los ingresos rurales no agrícolas	8
IV. Tendencias generales	28
V. Determinantes del empleo y los ingresos rurales no agrícolas	32
VI. Sugerencias para promover el empleo y los ingresos rurales no agrícolas	34
Referencias	38

I.

La importancia del empleo y los ingresos rurales no agrícolas en la lucha contra la pobreza rural

Después de los profundos cambios de la década de los noventa, los gobiernos y las organizaciones de la sociedad civil en América Latina y el Caribe (ALC), han promovido nuevas estrategias de desarrollo de las economías rurales que conduzcan a un crecimiento con equidad. Existe un amplio consenso en que dichos esfuerzos requieren conjugar los objetivos de reducción de la pobreza, modernización y crecimiento económico, fortalecimiento de nuevos sistemas institucionales y sustentabilidad ambiental.

Como parte de esta visión, se ha tomado conciencia de que la economía rural es bastante más amplia que la producción primaria agrícola, ganadera o forestal. Igualmente, hoy es ampliamente aceptado el hecho de que el desarrollo de la agricultura por sí mismo no ofrece todas las oportunidades que son necesarias para que más de 60 millones de hogares rurales puedan superar su condición de pobreza. Finalmente, hoy sabemos que las sociedades rurales de ALC están siendo fuertemente influenciadas por la creciente urbanización, y que los habitantes rurales tienen expectativas de acceso a servicios de todo tipo que hasta hace no mucho tiempo se consideraban privativos de los ciudadanos urbanos.

En los últimos años se ha manifestado un creciente interés en las opciones que ofrece el desarrollo del empleo rural no agrícola para contribuir al logro de los objetivos señalados. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América

Latina y el Caribe (CEPAL), y la organización no gubernamental Red Internacional de Metodologías de Investigación de Sistema de Producción (RIMISP), aunaron esfuerzos desde 1994 para impulsar, compilar y analizar comparativamente una serie de estudios que por primera vez ofrecen una visión amplia y detallada sobre el empleo rural no agrícola en la región. Estas investigaciones (ver resumen en Reardon, Berdegú y Escobar 2000) fueron discutidas en conferencias realizadas en Lima (1994), Santiago (1998) y Nueva Orleans (2000). En este esfuerzo participaron además de académicos, políticos y agentes de desarrollo de los sectores públicos y privados de un gran número de países de ALC, otros organismos multilaterales, como el Banco Mundial, el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), y la Agencia Alemana de Cooperación Técnica (GTZ).

El empleo y el ingreso rural no agrícola (ERNA e IRNA respectivamente) son parte de la solución de al menos tres grandes problemas del mundo rural latinoamericano: la pobreza, la modernización del sector agropecuario y el mejoramiento de la calidad de vida de la población rural.

En los últimos 20 años ha aumentado el número de pobres rurales en América Latina y el Caribe. Hacia fines de la década pasada más de la mitad de la población rural de la región vivía en condición de pobreza, y más de un tercio en estado de indigencia (CEPAL, 2000).

Investigaciones realizadas recientemente para distintos países de la región y que serán resumidas más adelante en este documento, coinciden en señalar que el IRNA representa un porcentaje muy alto —y creciente en las últimas décadas— del ingreso total de los hogares rurales pobres. En ausencia de las fuentes no agrícolas de ingreso de los hogares rurales pobres, la magnitud de la pobreza sería varias veces mayor en los países de la región.

Las mismas investigaciones confirman que los hogares rurales pobres recurren al empleo no agrícola no sólo para elevar su ingreso total, sino además para amortiguar durante el año las fuertes fluctuaciones en los flujos de ingreso, que son una de las principales características de la pobreza rural.

El ERNA forma parte de las estrategias de vida (*livelihood strategies*) de los pobres rurales. Ello significa que existe una relación compleja entre los flujos de ingreso agrícolas y no agrícolas, y entre los ingresos no agrícolas y los ingresos no autónomos. Así, la existencia de activos en los hogares y comunidades rurales pobres, relacionados con el empleo no agrícola, potencia los efectos multiplicadores de las actividades agrícolas, viceversa. Estas relaciones complejas son esenciales para que los pobres puedan sobrevivir en la condición de carencia que enfrentan cotidianamente.

Diversos estudios de la dinámica de la pobreza rural (Echeverría, 2000; de Janvry, 2001) en la región indican que el empleo y los ingresos rurales no agrícolas constituyen una vía muy importante de salida de la pobreza, para muchos hogares e individuos rurales que carecen de los recursos y tipos de capital requeridos para intentar otras opciones de progreso, como puede ser la emigración o el trabajo agrícola por cuenta propia. Ello es especialmente cierto para las

mujeres rurales y para aquélos que han accedido a mejores niveles de educación.

La modernización del sector agropecuario

La agricultura moderna es una actividad intensiva en servicios y en relaciones agroindustriales. Cuanto más moderno y competitivo es el ámbito agro-rural, más importantes son las actividades secundarias y terciarias en la composición del producto inter-no bruto “rural”.

Para transformarse y competir, la agricultura latinoamericana requerirá mejorar sus articulaciones con los sistemas de provisión de insumos, con las cadenas de agroprocesamiento, y con los sistemas de distribución de productos frescos y procesados. La agricultura moderna requiere articularse con la agroindustria para poder cumplir con las exigentes normas y estándares de calidad e inocuidad de los mercados internacionales. También necesita acceder a servicios de gestión, gerencia y asesoría. Todos estos ámbitos corresponden a la categoría de ERNA, tanto en el sector secundario (procesamiento, agroindustrialización) como terciario (servicios técnicos, comercio, transporte).

El mejoramiento de la calidad de vida rural

Al menos desde la posguerra, lo rural ha sido el símbolo de lo atrasado, de lo que hay que dejar atrás en la búsqueda del progreso y del desarrollo. La dicotomía rural/urbano se asemeja a las de atraso/modernidad, agrícola/industrial, pobre/próspero.

El desarrollo del ERNA ofrece una alternativa a la modernización del medio rural, mediante el desarrollo *in situ* de la industria y los servicios, y como parte de un proceso más general de “*rurbanización*” que afecta

además a las dimensiones de la cultura, de la demografía y los asentamientos humanos en general.

Tal y como la penetración de los caminos, de la electricidad y de la televisión ayudan a que la calidad de vida de los habitantes rurales comience lentamente a equipararse con la de sus conciudadanos urbanos, así el empleo en la industria, la manufactura, el comercio, el turismo y otros servicios, ofrecen opciones de desarrollo laboral o profesional que para muchos resultan más atractivas que el trabajo agrícola, y, especialmente, mucho más que el trabajo *asalariado* agrícola.

Los espacios rurales que muestran un crecimiento real en el empleo no agrícola, han modificado las características del paisaje tradicional. Son espacios de crecimiento de los pueblos y ciudades intermedias y de fortalecimiento de los vínculos entre ellos y su espacio próximo rural (*hinterland rural*), con comercios no agrícolas, sistemas de transporte, mayores alternativas de servicios de recreación, bancos, tiendas, restaurantes y talleres. Son —en definitiva— espacios rurales que ofrecen no sólo mayores oportunidades económicas para sus habitantes, sino también mayores opciones para cerrar la

brecha de calidad de vida entre el medio rural y el urbano.

Esta visión del empleo e ingresos rurales no agrícolas como elementos deseables de una sociedad rural moderna, contrasta con los esquemas convencionales que ven en la caída del empleo agrícola una manifestación de progreso económico. A nuestro entender, los países que desarrollen estrategias activas y positivas de fomento del empleo y de los ingresos rurales no agrícolas, podrán contar con opciones más diversas que la tradicional apuesta a un desarrollo urbano/industrial capaz de absorber el rezago agrario/rural.

En la sección siguiente de este informe, se describen las características del empleo y de los ingresos rurales no agrícolas en varios países de la región. Se discuten luego los distintos tipos de empleos rurales no agrícolas y su importancia y potencialidades relativas. A continuación se discuten las dinámicas y situaciones de desarrollo del ERNA y se presentan los factores que los estudios recientes han identificado como determinantes de las capacidades de los hogares y habitantes rurales para acceder al ERNA. Por último, se presentan recomendaciones para el diseño de políticas públicas orientadas al fomento del ERNA en la región.

II. Un modelo conceptual para el análisis

El modelo estándar de empleo en el sector no agrícola surge de la literatura sobre la oferta de empleo (Anderson-Schaffner, 2000): la participación y nivel de empleo son una función de (1) los incentivos que enfrentan los hogares, típicamente los retornos relativos y los riesgos agrícolas y no agrícolas, y (2) la capacidad del hogar para realizar las actividades (determinado por el acceso a bienes públicos tales como caminos y bienes privados tales como educación).

La motivación que tienen los hogares para dedicarse a actividades rurales no agrícolas se explica por: (1) factores de demanda activos, tales como ganar ingresos más altos a través de mejores retornos en el sector no agrícola con relación al sector agrícola y (2) factores de oferta, como son riesgos del manejo agrícola o restricciones de tierra y falta de mercados de seguros, consumo y crédito de insumos. Estos hogares se dedican al empleo no agrícola para aliviar la variación intra anual en ingresos y consumo, para aumentar el ingreso y aliviar la pobreza, para manejar el riesgo y lidiar con cambios drásticos de ingreso y para financiar inversiones en el terreno, en capital humano y otros bienes.

La demanda de empleo no agrícola al nivel de empresas es una función de los precios relativos de los diversos insumos, los retornos a la producción generados por el empleo y el capital semi fijo de la empresa (de Janvry y Sadoulet, 1995). La demanda agregada (digamos en una economía local) por empleo no agrícola se formará por las condiciones de formación de empresas no agrícolas que utilizan fuerza laboral (ya sea pe-

queñas empresas “autoempleadas” en hogares o empresas locales en pueblos rurales).

En general, dejando a un lado el tamaño de la fuerza laboral demandada por las firmas agregadas locales no agrícolas, la demanda de empleo es una función de la demanda de bienes y servicios del sector no agrícola. La demanda proviene de: (1) los productores locales del sector primario (demanda de insumos tales como implementos agrícolas); (2) consumidores locales (demanda por bienes y servicios no agrícolas); (3) demanda de factores, bienes intermedios y finales por parte de productores y consumidores no locales (urbanos y extranjeros).

Según la teoría estándar de la demanda para bienes finales, sabemos que cualquier cosa que incremente el ingreso de consumidores provocará un desplazamiento hacia la derecha de la curva de la demanda para bienes no inferiores; un desplazamiento análogo ocurre con las ganancias brutas de los productores para bienes intermedios y finales. Este razonamiento es la base simple para los conceptos de vínculos de producción y vínculos de consumo entre dos sectores. El ejemplo usual (Mellor, 1976) es el de crecimiento agrícola que lleva a un aumento en bienes y servicios locales no agrícolas por un incremento en rendimiento e ingreso agrícola, induciendo a cambios en la demanda a través de estos dos tipos de vínculos. Sin embargo, como discutimos más adelante, cualquier “motor” que aumente el rendimiento y el ingreso de un sector o subsector determinado puede inducir, mediante estos vínculos, a reducir el crecimiento de la demanda hacia la producción local no agrícola. Ese motor no tiene que ser local tam-

poco; sólo tiene que haber una conexión (caminos) entre la fuente de demanda y las firmas locales no agrícolas.

Así, el crecimiento en la minería local, turismo y agricultura pueden ser los motores que hagan que aumente la demanda para la producción local no agrícola o el crecimiento en la demanda de consumidores de ciudades que pasan por las áreas rurales durante sus viajes (refiriéndose a lo que Bhalla [1997] llama, en el caso de la India, “el corredor del desarrollo”) o visiten servicios turísticos en el área. Nótese que como se mencionó anteriormente controlábamos por tecnología. Sin embargo, al relajar esa limitación, notamos que distintas fuentes de demanda inducen diferentes niveles y patrones de demanda para la oferta de empleo no agrícola; un elegante hotel turístico en una zona rural puede demandar menos empleo local no agrícola que un alojamiento para camioneros en la carretera.

Utilizaremos estos conceptos básicos para discutir las “etapas” y “situaciones” de desarrollo no agrícola.

Es un hecho bien establecido en la literatura, que el peso del sector agrícola en el PIB disminuye con el incremento en el PIB per cápita. Hymer y Resnick (1969) proponen que esa transformación se inicia en una etapa primaria del empleo no agrícola, orientada a la producción de bienes Z (tales como elaboración de cestas, ollas y otros enseres para uso doméstico local, molinos tradicionales, comercio en ferias locales, transporte de las fincas a los pueblos vecinos). Estas actividades se realizan en el hogar y en las fincas más que en los pueblos. Usan tecnologías tradicionales intensivas en mano de obra, generalmente provenientes del propio núcleo familiar. Las producciones están orientadas al consumo doméstico o al mercado local. Un ejemplo de este tipo de eco-

nomía rural no agrícola ha sido descrito por Figueroa (1981) para la Sierra del Perú. La oferta y la demanda de trabajo para estos empleos son locales, estacionales y de bajo nivel, al estar fuertemente condicionadas por las características de una agricultura de autosubsistencia, que es predominante en estas situaciones.

Según Ranis y Stewart (1993), existe una segunda fase, caracterizada por el surgimiento de “bienes modernos no agrícolas”, los que son producidos empleando tecnologías más sofisticadas, que requieren mayores habilidades y que son más intensivas en capital. La demanda proviene tanto de las zonas urbanas como de los mercados externos. El mayor ingreso local, vinculado a una agricultura más próspera, también es un estímulo a la producción de bienes de consumo de mayor calidad, así como de insumos y servicios para la producción agropecuaria. La mejor dotación de infraestructura (caminos) es particularmente importante para permitir el surgimiento de este tipo de empleo rural no agrícola. Obviamente, la transición a esta segunda etapa supone un crecimiento de la demanda por “bienes modernos no agrícolas”.

Lamentablemente, esta visión del desarrollo del ERNA como un proceso de etapas sucesivas, no toma en cuenta la diversidad de situaciones que se observan en América Latina, en donde en cada país existen zonas que podrían ser caracterizadas en cada una de las dos situaciones. En otras zonas, hay una coexistencia de ambos tipos de “etapas”, por ejemplo, según los niveles de ingreso de los hogares o de su posición con relación al núcleo urbano del municipio o la provincia. Asimismo, es posible observar muchas situaciones en que existe un alto desarrollo del ERNA, sin que se haya atravesado por las etapas descritas anteriormente. Existen amplias regiones de América Latina que desde

hace décadas están “estancadas” en la etapa de bienes Z primarios más agricultura de autosubsistencia, sin que se produzca la acumulación de capital que supuestamente permitiría el progreso gradual hacia una etapa de mayor desarrollo. Ejemplos de estas situaciones son el altiplano andino y las zonas de agricultura de ladera de América Central, aunque aún en estas zonas de concentración de pobreza rural, hay muchas experiencias de comunidades que han sido capaces de transformar su producción y acceder a nuevos mercados, más dinámicos que los tradicionales, lo que ha propulsado la transformación de la economía local. En el otro extremo existen zonas rurales (o que fueron rurales hasta hace dos o tres décadas), que “saltan” directamente a una etapa de urbanización avanzada, como ha sucedido con muchas zonas costeras que son rápidamente transformadas por inversiones en turismo y/o manufactura.

La visión del desarrollo del ERNA por etapas supone que el motor del proceso es endógeno al sector rural. La realidad nos indica que los motores del desarrollo rural no agrícola son diversos y con frecuencia tiene su origen fuera del sector rural.

En los casos en que el ERNA se desarrolla por *factores endógenos*, es posible reconocer matices. Por ejemplo, una primera generación de actividades económicas genera suficiente excedente como para motorizar las inversiones requeridas para el desarrollo de actividades que respondan a demandas locales y regionales, y así sucesivamente; como sucedió en algunas zonas rurales de Sonora, México, transformadas durante las décadas de los años sesenta y setenta como consecuencia de la Revolución Verde. En otros casos, las actividades endógenas permiten la acumulación de capital (físico, humano, financiero) hasta un punto en que el estado de desarrollo hace atractiva la región

para la inversión de capitales externos, que provocan un quiebre en las tendencias. Un ejemplo es la zona frutícola del valle Central de Chile o la agroindustrialización del estado de São Paulo a lo largo de más de un siglo, desde la producción de café de exportación, a la caña de azúcar, a las plantaciones de cítricos, a las agroindustrias de jugos y otros derivados de cítricos (Da Silva, 1998).

Los *determinantes exógenos* del ERNA incluyen la influencia de las grandes ciudades sobre su entorno rural (“*rurbano*”). La ciudad demanda un conjunto de bienes y servicios y ofrece un amplio mercado de trabajo. Muchos de los servicios se desarrollan *in situ* en el medio rural (casas de fin de semana, restaurantes, zonas de paseo o de pesca) y de ello se deriva una demanda por nuevos oficios (empleados domésticos y de comercios, construcción, talleres de reparaciones). Otros ejemplos de importantes elementos exógenos son las inversiones en turismo, en minería y en manufactura (maquila).

Con frecuencia, estos motores exógenos surgen cuando inversiones previas (típicamente en obras medianas o grandes de infraestructura caminera y en electrificación) reducen la “distancia económica” que separa a una zona rural de las fuentes dinámicas de demanda de bienes y servicios originados en la actividad rural no agrícola. Además de la calidad y densidad de infraestructura, la distancia económica entre la zona rural y las fuentes de demanda también está condicionada por la densidad de población (Baumeister, 1999).

En definitiva, el desarrollo del ERNA se explica básicamente por la existencia de fuentes de demanda de bienes y servicios no agrícolas (motores del ERNA), en cuya producción puede intervenir la población rural.

Cuadro 1. Tipología de empleos rurales no agrícolas		
Situación	Motor	Ejemplos
ERNA por vínculos de producción con la agricultura.	Producción agrícola demanda bienes y servicios no agrícolas. Producción agrícola permite actividades no agrícolas de comercialización, transporte y procesamiento.	Comercio de insumos Servicios de maquinaria Empresas contratistas de mano de obra Talleres mecánicos Transportistas Agroindustrias
ERNA por vínculos de producción con actividades primarias no agrícolas.	Actividades primarias no agrícolas localizadas en el sector rural, demandan bienes y servicios no agrícolas.	Minería Caza Pesca
ERNA vinculado al consumo de la población rural.	Población rural demanda bienes y servicios no agrícolas, producidos localmente o fuera de la zona.	Comercio minorista Talleres de costura Transporte
ERNA vinculado al consumo de la población urbana.	Los habitantes urbanos demandan bienes y servicios no agrícolas que solo pueden ser generados en el sector rural.	Turismo de playa y campo Artesanía Servicios a casas de fin de semana
ERNA vinculado a los servicios públicos en zonas rurales.	Los servicios públicos en las zonas rurales generan empleo.	Profesores Empleados municipales Reparación de caminos rurales
ERNA vinculado a la expansión de zonas urbanas.	Las ciudades latinoamericanas requieren espacio de expansión y crecen hacia sus entornos rurales.	Construcción Industrias Manufacturas
<p><i>Fuente: adaptación de los autores de la tipología propuesta por Da Silva y Del Grossi (1998) quienes a su vez se basan en una propuesta de Weller (1997).</i></p> <p><i>Nota: si bien muchas de las categorías incluidas en el cuadro podrían agregarse en otras más generales (por ejemplo, ERNA vinculado al consumo final versus ERNA vinculado a la producción), pensamos que conviene mantener un nivel de desagregación como el señalado, que es más funcional al diseño y gestión de políticas públicas</i></p>		

El cuadro 1 muestra una tipología de situaciones de ERNA en la región.

Las dos primeras filas del cuadro 1 corresponden a ERNA basado en encadenamientos de producción con la agricultura (fila 1) o con otros sectores de la economía (fila 2). Las otras cuatro situaciones se refieren a ERNA orientado a satisfacer las demandas de bienes y servicios de consumidores rura-

les (filas 3 y 4) o urbanos (filas 5 y 6). Los motores del empleo rural no agrícola pueden clasificarse entonces según: (1) su posición con relación al propio ERNA (encadenamientos de producción o de consumo); (2) localización endógena (rural) o exógena (urbana); (3) sector (primario, secundario o terciario) o subsector (agricultura, minería, agroindustria, manufactura, turismo, comercio) de la economía.

III.

Tendencias del empleo y los ingresos rurales no agrícolas

En este documento, la referencia al empleo incluye tanto el autoempleo como el empleo asalariado. El significado de “rural” varía de país en país, pero en las definiciones oficiales usualmente se refiere a concentraciones de población bajo cierto umbral que generalmente se ubica por debajo de las 2000 personas. El concepto de “no agrícola” abarca la industria y la manufactura (sector secundario) y los servicios (sector terciario) y excluye la producción primaria de productos agroalimentarios con base en uno o más factores de producción que corresponden a recursos naturales. El ingreso rural no agrícola es aquél generado por los habitantes rurales a través del autoempleo o el trabajo asalariado en los sectores secundario y terciario de la economía. Es importante destacar que muchos hogares de agricultores, también generan ingresos rurales no agrícolas. También es importante explicitar que el trabajo asalariado en actividades primarias en fincas agropecuarias, no está incluido en nuestra definición de empleo rural no agrícola.

Análisis a escala regional

Durante la segunda mitad de la década del noventa, el ingreso rural no agrícola tiende a ubicarse por encima del 40% del ingreso total de los hogares rurales en la gran mayoría de los países de la región en que el fenómeno ha sido estudiado (cuadro 2). Aún en países con un alto porcentaje de población

rural, como Colombia o Perú, el IRNA corresponde a la mitad de los ingresos totales de la población rural.

Considerando el peso relativo de la población rural de Brasil y México, se puede estimar que el IRNA para la región en su conjunto bordea el 40% del ingreso rural total. Esta contribución es muy superior a la tradicionalmente reconocida en las políticas orientadas al desarrollo del sector rural latinoamericano, caracterizadas por su marcado sesgo agrícola que no refleja la importancia del IRNA.

Complementando estas cifras y de acuerdo con estudios previos de la evolución del ERNA en 18 países durante la década de los años setenta (Cuadro 3) se puede concluir que el ERNA representa un porcentaje crecientemente importante del empleo total de los habitantes rurales latinoamericanos; que el crecimiento del ERNA permitió absorber la totalidad de la pérdida de empleos agrícolas, y que aún después de compensar la caída en el empleo agrícola, el ERNA aportó otros 1,5 millones de empleos adicionales. En síntesis, se puede concluir que sin el crecimiento del empleo no agrícola, se estaría en presencia de un despoblamiento rural mucho más acelerado y, por cierto, de un gravísimo problema de acumulación de pobreza urbana en magnitudes muy superiores a las que se han verificado.

Cuadro 2. Contribución del ingreso rural no agrícola al ingreso rural

País	Año de la encuesta	Porcentaje de IRNA	Fuente
Brasil	1997	39	Da Silva y Del Grossi 1999
Chile	1997	41	Berdegú et al 1999
Colombia	1997	50	Echeverri 1999
Costa Rica	1989	59	Weller 1997
Ecuador	1995	41	Elbers y Lanjouw 2000
El Salvador	1995	38	Lanjouw 1998
Haití	1996	68	Wiens y Sobrado 1998
Honduras	1990	38	Weller 1997
México	1997	55	De Janvry y Sadoulet 1999
Nicaragua	1998	42	Corral y Reardon
Panamá	1997	50	Wiens et al 1999
Perú	1997	50	Escobal et al 1998

Cuadro 3. Empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe (miles de personas)

País	Año inicial						Año Final					
	Total País		Ocupación agrícola		Ocupación no agrícola		Total País		Ocupación agrícola		Ocupación no agrícola	
	Año		Hogares urbanos	Hogares rurales	Hogares urbanos	Hogares Rurales (ERNA)	Año		Hogares urbanos	Hogares rurales	Hogares urbanos	Hogares rurales (ERNA)
Bolivia	1976	1501	32	660	581	227	1988	2053	48	820	927	257
Brasil	1970	29557	1664	11426	14884	1582	1980	43235	2305	10355	27944	2630
Chile	1970	2695	103	466	1932	193	1982	3680	188	456	2841	193
Colombia	1964	4882	309	2118	2144	310	1973	5486	268	1610	3130	476
Costa Rica	1973	585	13	199	240	131	1984	794	18	231	350	194
Cuba	1970	2633	179	610	1487	355	1981	3540	255	535	2344	405
Ecuador	1974	1940	61	835	749	294	1990	3329	133	902	17576	537
El Salvador	1971	1062	82	531	360	88	1975	1217	66	519	502	128
Guatemala	1964	1363	115	767	351	129	1973	1545	114	769	487	173
Haití	1971	1949	30	1398	228	291	1982	1869	19	1202	289	356
Honduras	1974	755	34	425	213	81	1988	1313	56	554	521	180
México	1970	12207	1214	3889	6194	909	1980	15640	1480	4220	8574	1365
Nicaragua	1950	329	29	193	84	21	1971	505	27	209	217	51
Panamá	1970	449	14	173	206	55	1980	509	16	129	272	91
Paraguay	1972	730	31	340	270	88	1982	1039	36	408	457	136
Perú	1972	3618	398	1157	1817	245	1981	4915	434	1392	2791	297
Uruguay	1975	1020	36	130	789	63	1985	1176	49	120	956	49
Venezuela	1971	3014	146	464	2127	276	1981	4547	116	417	3665	347
Total		70289	4490	25781	34656	5338		96392	5628	24848	73843	7865

Fuente: Klein (1992)

Cuadro 4. Evolución de la importancia relativa del empleo rural no agrícola						
País	Porcentaje ERNA respecto de:					
	Año inicial		Año final		Cambio promedio anual	
	Total país	Total rural	Total país	Total rural	Total país	Total rural
Bolivia	15	26	13	24	-0,22	-0,14
Brasil	5	12	6	20	0,07	0,81
Chile	7	29	5	30	-0,16	0,04
Colombia	6	13	9	23	0,26	1,12
Costa Rica	22	40	24	46	0,19	0,54
Cuba	13	37	11	43	-0,19	0,57
Ecuador	15	26	16	37	0,06	0,70
El Salvador	8	14	11	20	0,56	1,39
Guatemala	9	14	11	18	0,19	0,44
Haití	15	17	19	23	0,37	0,51
Honduras	11	16	14	25	0,21	0,61
México	7	19	9	24	0,13	0,55
Nicaragua	6	10	10	20	0,18	0,47
Panamá	12	24	18	41	0,56	1,72
Paraguay	12	21	13	25	0,10	0,44
Perú	7	17	6	18	-0,08	0,01
Uruguay	6	33	4	29	-0,20	-0,36
Venezuela	9	37	8	45	-0,15	0,81
Total	8	17	8	24	0,05	0,62

Fuente: cálculos de los autores en base Klein (1992)

En los 12 años comprendidos en el estudio (promedio para los 18 países, cuadro 3), el número de personas de hogares rurales empleadas en los sectores no agrícolas, aumentó en 2,5 millones, en tanto que el número de miembros de hogares rurales empleados en la agricultura, disminuyó en 933 mil¹. En el mismo período, el ERNA, como porcentaje del total de empleados del país,

¹ Sin embargo, es importante considerar que el número de trabajadores del sector agrícola con residencia urbana, aumentó en 1,1 millones, por lo que el total (habitantes rurales más urbanos) de empleados en la agricultura tuvo un incremento neto de 200 mil personas. Es decir, en 12 de los 18 países se produjo un proceso de creciente urbanización de la fuerza de trabajo del sector agrícola, que fue especialmente agudo en Chile (tasa anual de 0,92%), Cuba (0,87%), Uruguay (0,73%), Brasil (0,55%), Ecuador (0,38%) y Panamá (0,35%). Los países que escapan a esta tendencia son El Salvador, Haití, Nicaragua, Paraguay, Perú y Venezuela.

se mantuvo constante en 8%, aunque creció de 17% a 24% (tasa promedio anual de 0,62%) con relación al número de empleados provenientes de hogares rurales (cuadro 4).

Sin embargo, estos promedios esconden situaciones bastante diferentes. Las tendencias nacionales permiten identificar las siguientes inclinaciones: (1) países en que crece el número absoluto de empleos agrícolas en mayor medida que el también creciente número de empleos no agrícolas: Bolivia, Honduras, Paraguay y Perú; (2) países en que crece el número absoluto de empleos no agrícolas en mayor medida que el también creciente número de empleos agrícolas: Costa Rica, Ecuador, Guatemala, México y Nicaragua; (3) países en que aumenta el

número absoluto de empleos no agrícolas, disminuye el número absoluto de empleos rurales agrícolas, y aumenta el número de empleados agrícolas con residencia urbana: Brasil, Chile, Cuba y Panamá; (4) países en que aumenta el número absoluto de empleos no agrícolas y disminuye el número absoluto de empleos agrícolas (sin que haya aumento de empleos agrícolas ni residencia urbana): Colombia, El Salvador, Haití y Venezuela; (5) países en que se verifica una caída de ambos tipos de empleos rurales: Uruguay.

Sumando los dos primeros grupos, dicho conjunto de países agregaron 1 millón de empleos rurales no agrícolas y la misma cantidad de empleos rurales agrícolas. En este conjunto, el ERNA pasa de constituir el 20% del empleo rural a inicios de la década de 1970, a un 25% a inicios de la década de 1980, con un máximo de 46% en Costa Rica y un mínimo de 18% en Perú y Guatemala. En todo caso, los países que a inicios de los setenta tenían un bajo porcentaje de ERNA, seguían estando bajo el promedio diez años después; es decir, ningún país sufrió un cambio brusco de tendencia, con la posible excepción de Bolivia, que en 1976 estaba sobre el promedio de ERNA, y en 1988 había retrocedido a menos del promedio de su grupo.

En los países en que hay un aumento del ERNA y una caída del empleo rural agrícola, se perdieron 2 millones de empleos rurales agrícolas (de los cuales, la mitad en Brasil y una cuarta parte en Colombia), en tanto que se ganaron 1,5 millones de empleos rurales no agrícolas (1 millón de ellos en Brasil). En este conjunto, el ERNA pasa de constituir el 15% del empleo rural a inicios de los setenta, a un 22% a inicios de los ochenta. Sin embargo, el promedio del grupo está fuertemente determinado por el gran cambio en Brasil, donde el empleo no agrícola pasó de ser el 12% del empleo rural en 1970, a 20%

en 1980. Colombia, Cuba y Panamá son otros tres países donde el ERNA creció sustantivamente en importancia relativa respecto del total del empleo rural. Debe considerarse que en tres de estos países se manifestó un proceso simultáneo de “urbanización” del empleo agrícola: en Brasil, se pasó de 13% de los trabajadores agrícolas residentes en las ciudades, a 18%; en Cuba, de 23% a 32%, y en Panamá de 7% a 11%. Uruguay constituye un caso especial, al haber perdido fuentes de trabajo rurales tanto agrícolas como no agrícolas. No existe ningún país de los 18 considerados en el estudio de Klein, que haya registrado crecimiento del empleo rural agrícola y caída del ERNA.

No existe correlación significativa entre las tendencias arriba descritas y los cambios en el PIB, el PIB agrícola, la población económicamente activa (PEA) o la PEA agrícola. Ello sugiere que las tendencias reflejan más bien los patrones específicos de cambios en la agricultura (intensificación y diversificación) y en las actividades rurales no agrícolas (agroindustrialización, turismo).

El cuadro 5 resume datos recientes de CEPAL para la década del noventa de la magnitud de la población rural ocupada en actividades no agrícolas. El origen de los datos (encuestas de hogares de los países) hace imposible la comparación directa con los resultados de Klein para la década del setenta. Sin embargo, es posible especular que en Chile, Colombia, Costa Rica, Honduras, México, Panamá y El Salvador, el ERNA, tanto en términos absolutos como relativos, ha continuado aumentando a tasas elevadas. Por otra parte, en Brasil y en Venezuela el ERNA ha seguido incrementándose, pero a tasas tal vez algo menores a las de los países antes mencionados.

Los datos de CEPAL sí permiten establecer con certeza que el ERNA a fines de los años

noventa ha pasado a ser totalmente dominante en el caso de las mujeres rurales que participan en el mercado de trabajo. Con la única excepción de Bolivia, la participación de las mujeres rurales en el ERNA es muy superior a la de los hombres rurales. En nueve de los once países incluidos en el cuadro 5, entre el 65% y el 93% de las mujeres rurales que participan en el mercado de trabajo, lo hacen en actividades no agrícolas. Por el contrario, en la mayoría de los países, con excepción de Costa Rica y República Dominicana, el empleo agrícola es predominante en el caso de los hombres rurales.

Otros estudios de CEPAL (1999) permiten extrapolar la importancia del ERNA en algunas categorías de inserción laboral. El cuadro 6 muestra que el autoempleo de los hogares rurales sigue siendo predominantemente en actividades agrícolas, con la única excepción de Costa Rica. En Colombia y en República Dominicana el autoempleo rural no agrícola es de magnitud similar, aunque algo inferior, al autoempleo agrícola. El ERNA en el sector público es en general bastante bajo en el conjunto de países analizados. Aunque lamentablemente esta serie

de datos carece de la información necesaria para desglosar el trabajo asalariado en sus componentes agrícolas y no agrícolas, la información disponible implica, por diferencia de totales, que el grueso del ERNA se realiza a través de actividades asalariadas en la manufactura, industria, comercio y otros servicios privados.

Análisis de algunos países de la región

Aparte de los estudios a escala regional antes citados, en los últimos dos años se ha realizado un número apreciable de investigaciones al nivel de países o de zonas particulares dentro de ellos. Algunas de estas investigaciones formaron parte del esfuerzo conjunto impulsado por el BID, FAO, CEPAL y RIMISP, y otros corresponden a trabajos auspiciados por otras agencias, particularmente el Banco Mundial. Todas estas investigaciones se basan en encuestas de hogares realizadas durante la década de los años noventa. Estos trabajos nos permiten apreciar aspectos relevantes del ERNA en América Latina e identificar la heterogeneidad del fenómeno así como algunos factores que tienden a presentarse de manera relati-

Cuadro 5. Población ocupada en actividades no agrícolas como porcentaje de la población ocupada rural

País	Año inicial			Año final		
	Año	Hombres	Mujeres	Año	Hombres	Mujeres
Bolivia				1997	18,2	15,6
Brasil	1990	26,0	47,1	1997	23,7	30,1
Chile	1990	19,2	67,2	1998	25,9	65,1
Colombia	1991	30,9	71,4	1997	32,9	78,4
Costa Rica	1990	47,8	86,8	1997	57,3	88,3
Honduras	1990	18,6	88,0	1998	21,5	83,7
México	1989	34,7	69,1	1996	44,9	67,4
Panamá	1989	25,0	86,1	1998	46,5	93,2
Rep. Dominicana				1997	54,8	92,4
El Salvador				1998	32,7	81,4
Venezuela	1990	33,9	78,2	1994	35,4	87,2

Fuente: CEPAL (2000).

Cuadro 6. Distribución de la población económicamente activa ocupada, según inserción laboral (% del total de la PEA ocupada rural)				
País	Autoempleo agrícola	Autoempleo no agrícola (ERNA)	Empleo asalariado en el sector público (ERNA)	Año
Bolivia	79,9	7,9	2,4	1997
Brasil	63,8	6,6	4,4	1996
Chile	26,6	7,0	3,6	1996
Colombia	25,0	20,1	s/i	1997
Costa Rica	11,3	13,9	9,0	1997
El Salvador	28,1	17,0	3,1	1997
Guatemala	47,9	13,3	2,9	1989
Honduras	41,6	21,0	3,4	1997
México	28,6	18,1	6,4	1996
Panamá	33,4	18,2	10,1	1997
República Dominicana	28,5	22,5	10,3	1997
Venezuela	29,7	15,1	7,4	1994

vamente uniforme.

A continuación, profundizaremos en el análisis del ERNA e IRNA en Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, El Salvador, Honduras, México, Nicaragua y Perú. Como se sabe, la mayoría de la población rural latinoamericana reside en estos países, los cuales representan una gama de situaciones en materia de desarrollo económico y social.

Brasil

Con base en las Encuestas Nacionales de Hogares (*Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios*, PNAD) para el período 1992-1997, Da Silva y Del Grossi (2000) han caracterizado la magnitud y la evolución del empleo rural no agrícola en Brasil, tanto a escala nacional como de las grandes regiones del país.

La población rural del Brasil ha crecido a una tasa promedio de 0,5% entre 1992 y 1997. En el mismo período, la población económicamente activa rural agrícola a disminuido a un ritmo promedio de 2,2% anual. Entre 1981 y 1997, cerca de un millón de

residentes rurales se han empleado en actividades distintas a la agricultura. La mitad de los empleos rurales no agrícolas se localizan en el Nordeste del Brasil, una de las zonas de ALC que concentran grandes números de hogares rurales pobres. Sin embargo, en términos relativos es en las zonas rurales de São Paulo donde se encuentra la mayor proporción de empleo rural no agrícola y también donde se verifican las mayores tasas de crecimiento del ERNA.

Para el conjunto del Brasil, el 30% del ERNA corresponde al sector terciario de la economía (servicios) con 1,2 millones de empleos en 1997, destacándose el subsector de empleos personales y domésticos (680 mil personas). El segundo sector en importancia es el de la industria de transformación, especialmente en la industria de alimentos, con el 19% del ERNA (780 mil personas). Luego vienen con niveles de importancia semejantes, el comercio (principalmente el comercio minorista tanto formal como informal), los servicios sociales (especialmente salud y educación) y la construcción, con medio millón de empleados cada uno. En síntesis, la gran mayoría de los em-

pleos rurales no agrícolas en Brasil corresponden a actividades de servicios domésticos, pequeño comercio de alimentos y comercio informal ambulante, que corresponden típicamente a empleos de baja calificación y mal remunerados. El sector público aparece como un importante generador de ERNA en este país. Buena parte de los empleos rurales no agrícolas en Brasil son generados en respuesta a la demanda de bienes y servicios provenientes de sectores urbanos y no como consecuencia directa de la actividad sectorial silvoagropecuaria.

Ferreira y Lanjouw (2000) usaron dos encuestas aplicadas el año 1996 en el Nordeste de Brasil, con los objetivos de obtener un perfil de la pobreza rural en dicha región y de establecer la importancia de las actividades rurales no agrícolas. En el sector rural del Nordeste brasileño, el 57,7% de la PEA se dedica a la producción agrícola por cuenta propia. El 6,3% de la población rural económicamente activa, está principalmente dedicada a actividades en el sector de manufacturas, el 3,7% al comercio y el 11,5% en diversas actividades de servicios. En total, el 21,8% de la población rural económicamente activa se dedica de forma principal a actividades no agrícolas. A ello habría que agregar un porcentaje indeterminado de personas que se dedican a actividades no agrícolas como una actividad secundaria. El ERNA representa el 33,4% del ingreso de los hogares rurales en esta zona de Brasil.

Aunque el 82% de la PEA rural se localiza en zonas exclusivamente rurales, solo el 59% de la población empleada en los sectores no agrícolas vive en estos sectores. En contraste, las zonas rurales periféricas a centros urbanos concentran el 18% de la PEA rural, pero el 40% de la PEA rural no agrícola. Ello apoya la idea de que el ERNA se desarrolla más cuando existe un mayor contacto con los mercados urbanos y cuando

se dispone de mayor infraestructura. Esto es especialmente cierto para el comercio y otros servicios.

El 30% de las mujeres en la PEA rural se dedican al ERNA, en comparación con el 18% de los hombres en la PEA rural del Nordeste brasileño. Además, los tipos de ERNA difieren según el sexo: el 22% de los hombres y sólo el 0,2% de las mujeres se emplean en la construcción. Para las mujeres, los tipos de ERNA más importantes incluyen servicios educacionales (25%), servicios de contabilidad (23%) y servicios personales (8,4%).

Según el estudio de Ferreira y Lanjouw (2000), el tipo de ERNA a que se dedican los miembros del hogar, está determinado por el tamaño y localización del hogar, y por el sexo, edad, educación y experiencia migratoria de las personas. Por otra parte, estos autores encuentran que hay algunas diferencias en las determinantes de ERNA bien remunerado y mal remunerado o “ERNA de refugio”: Los individuos que están empleados en el mismo municipio en que nacieron, tienen una mayor probabilidad de emplearse en ERNA mal remunerado; aquéllos que han alcanzado la educación media o superior, tenderán a emplearse en ERNA bien remunerado; la dedicación a ERNA bien o mal remunerado también varía por estados del Nordeste del Brasil. El ERNA mal remunerado constituye una actividad residual de los hogares rurales sin tierra, que complementa otras actividades para alcanzar niveles básicos de subsistencia. Sin embargo, el ERNA bien remunerado es importante para los hogares con tierra y sin tierra. El ERNA por cuenta propia es importante para los hogares con mayores niveles de ingreso, mientras que los más pobres acceden al ERNA asalariado.

Chile

Berdegú et al. (2000) estudiaron la evolución del ERNA y el IRNA a escala nacional, empleando los datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) para los años 1990 y 1996. En ese período, el ingreso rural no agrícola creció en Chile por efecto de un aumento en el número de habitantes rurales empleados en la industria y los servicios, así como por el crecimiento en el ingreso mensual promedio de quienes se emplean en estos sectores de la economía. El número de hogares rurales con miembros cuyo ingreso principal proviene de empleos rurales no agrícolas, aumentó en 10% entre 1990 y 1996, pasando a representar casi un 40% de los hogares rurales en este último año. Asimismo, el ingreso mensual promedio originado en empleos no agrícolas, muestra un incremento del 7% en el mismo período. Estas dos tendencias positivas se combinan en un aumento del 18% en el ingreso de origen no agrícola de los hogares rurales. Estas tendencias, aunadas al decrecimiento del empleo y el ingreso agrícola de los hogares rurales, significan que aumentó el peso del empleo y del ingreso no agrícolas en el ingreso total de los hogares rurales, pasando a representar en 1996 un 41% del ingreso y un 39% del empleo rurales.

En 1996 el comercio era la principal rama de la economía en cuanto a su aporte al ingreso no agrícola de los hogares rurales, contribuyendo el 24% del ingreso rural no agrícola. Enseguida, la industria aportaba el 17% del ingreso rural no agrícola, aunque con una caída respecto de su contribución en 1990, que era de 23%. La construcción aumentó de manera importante su peso en el ingreso rural no agrícola, pasando de 8% en 1990 a 12% en 1996.

A partir de los datos de números de hogares rurales con miembros trabajando en las distintas categorías de empleo agrícola y no agrícola, se puede estimar que en 1996 hay: (1) un 5% de hogares con miembros trabajando en distintas categorías de empleo principal dentro de la rama de agricultura, caza y pesca (por ejemplo, hogares con un trabajador por cuenta propia y un trabajador asalariado); (2) un 9% de hogares con miembros trabajando en distintas categorías de empleo no agrícola; (3) un 6% de hogares con uno o más miembros trabajando en el sector agrícola y uno o más miembros empleados en el sector no agrícola, y (4) en total, un 20% de hogares con miembros trabajando en distintos tipos de empleo (multiactividad total en el sector rural). La multiactividad total así calculada era de 17% en 1990. Es decir, en lo que dice relación al trabajo principal de los miembros del hogar, en Chile se manifiesta un fenómeno de relativa especialización en el empleo. Los ingresos por empleos secundarios de los miembros del hogar, en 1996 aportaron apenas un 2% de los ingresos totales de los hogares, por lo que dicha corriente de ingresos no altera de manera significativa las conclusiones sobre multiactividad a nivel del empleo principal. Este resultado difiere de lo observado en varios otros países de América Latina. Las diferencias podrían explicarse probablemente por el hecho de que los hogares rurales chilenos son relativamente pequeños (4,2 miembros en promedio), así como por el hecho de que entre 1990 y 1996 existía una situación cercana al pleno empleo en el sector rural en Chile, lo que debería en principio facilitar que un trabajador se pueda mantener a lo largo del año dentro de aquella línea de actividad principal para la cual se encuentra mejor capacitado.

En el mismo estudio, Berdegú et al (2000) compararon el ERNA y el IRNA en una comuna rural (municipio) con una economía

relativamente próspera (Molina) y otra que se caracteriza por altos niveles de pobreza y menor dinamismo económico (Portezuelo). Los hogares con tierra de la comuna dinámica, tienen los mayores niveles de ingreso, seguidos por los hogares rurales sin tierra de la misma comuna. Los hogares de la comuna pobre (casi todos ellos con acceso a tierra) tienen los menores niveles de ingreso. Los hogares sin tierra de la comuna dinámica tienen la mayor dependencia de fuentes de empleo e ingreso no agrícola, seguidos por los hogares de Portezuelo. En tercer lugar aparecen los hogares rurales con tierra de Molina. Es decir, la tasa de dependencia del ingreso no agrícola parece determinada por el acceso a tierra y por las oportunidades de empleo ofrecidas por los mercados locales de trabajo. En el caso específico de las comunas pobres, la tasa de dependencia del hogar respecto de los ingresos no agrícolas, también es fuertemente afectada por el acceso a fuentes de ingreso no autónomo (es decir, aquéllos que no están relacionados al trabajo de los miembros del hogar). Los empleos que generan ingresos no agrícolas mejor remunerados se concentran en las comunas dinámicas y en los hogares más ricos, particularmente aquéllos con tierra.

Las mujeres acceden al empleo rural no agrícola más o menos en la misma proporción en que acceden al mercado laboral. El tipo de trabajo rural no agrícola a que acceden los hombres es diferente de aquél al que acceden las mujeres. Las mujeres tienen un peso predominante en el sector de comercio y otros servicios, en tanto que los hombres dominan en el sector secundario. La relación de género con empleos no agrícolas ligados a la agricultura y/o al medio rural, depende de las circunstancias de los sistemas agrícolas y de los mercados laborales predominantes localmente. Los niveles de remuneración también están determinados por el sexo de los individuos: las mujeres ganan más

que los hombres en los trabajos asalariados no agrícolas, pero menos que ellos en los trabajos asalariados agrícolas y en los no agrícolas por cuenta propia.

El nivel de escolaridad tiene un claro impacto en el acceso a empleos no agrícolas, aunque el impacto es mayor en las comunas dinámicas que en las no dinámicas. El tipo de empleo con mayor concentración de individuos con mejores niveles de escolaridad (media incompleta o más), es el empleo asalariado no agrícola, seguido del empleo no agrícola por cuenta propia, y finalmente por el empleo asalariado agrícola, donde entre la mitad y dos tercios de los trabajadores no tienen siquiera educación básica completa. Si comparamos Portezuelo con Molina, podemos observar que en la comuna más pobre, los individuos con más escolaridad tienden a quedarse en tipos de empleos que, en la comuna más rica están ocupados por personas con menor escolaridad. Es decir, no tiene el mismo rendimiento un año de estudio para un individuo rural que vive en una comuna pobre que para otro que vive en una comuna rica. O, puesto de otra forma, en Molina hay mejores oportunidades de empleo para las personas con mayor educación escolar.

Finalmente, Berdegú et al (2000) analizaron los factores que determinan la probabilidad de acceso a ERNA, así como aquéllos que determinan los niveles de ingreso no agrícola. En cuanto al acceso, las variables de capital humano (sexo del jefe de hogar, edad promedio de los cónyuges, y escolaridad promedio de los miembros del hogar mayores de 15 años), son determinantes estadísticamente significativas independientemente de si se evalúa el ingreso no agrícola total, el por cuenta propia o el asalariado. En todos los tipos de ERNA, los hogares encabezados por mujeres tienen una mayor probabilidad de generar ingresos ru-

rales no agrícolas. Los hogares con mayor edad de los cónyuges y aquéllos en que sus integrantes tienen un mayor nivel de escolaridad, también tendrán una mejor opción de acceder a ingresos rurales no agrícolas, tanto asalariados como por cuenta propia. La dotación de vehículos, equipos y maquinarias tiene un efecto positivo y estadísticamente significativo en el caso del ingreso no agrícola total y del ingreso no agrícola por cuenta propia. Sin embargo, esta misma variable tiene un signo negativo, aunque no significativo, en el caso de los ingresos no agrícolas asalariados. El acceso a crédito agrícola tiene un efecto positivo y significativo sobre la probabilidad de acceder a ingresos no agrícolas por cuenta propia. Se trata presumiblemente de hogares de agricultores (ya que en caso contrario no tendrían crédito agrícola), que al disponer de mayores niveles de liquidez logran diversificar sus fuentes de ingreso (en conjunto o a través de la actividad de algunos de sus miembros). La localización en una comuna de mayor dinamismo económico no incrementa ni disminuye significativamente la probabilidad de generar algún tipo de ingreso no agrícola.

Las determinantes del nivel de ingresos no agrícolas están más asociadas a las condiciones del entorno que a los activos de los hogares. En efecto, la variable que domina el nivel de ingreso no agrícola total de los hogares, es su localización. Los hogares que viven en Molina, la comuna más dinámica, van a generar mayores ingresos no agrícolas totales que los hogares que viven en Portezuelo. Sólo en el caso de los ingresos agrícolas por trabajo asalariado encontramos que una variable de activos del hogar condiciona el nivel de ingresos. En este caso, los hogares que disponen de mayor superficie de tierra agrícola, generan menores niveles de ingresos no agrícolas asalariados.

Colombia

Echeverri (1999) analizó el ERNA con base en las Encuestas Nacionales de Hogares del Departamento Nacional de Estadística, para los años 1990 y 1997. En 1997 el 45% de los hogares rurales de Colombia obtuvieron su ingreso exclusivamente de actividades agropecuarias; un 37% lo generaron únicamente de actividades no agropecuarias y un 17% recurrieron a una combinación de ambos tipos de actividades. Por otra parte, en 1997 el 47% del ingreso rural provino de ingresos de actividades agropecuarias, poco más del 50% de actividades no agropecuarias y un 2% de ingresos no laborales.

Entre 1990 y 1997, el número de hogares rurales con ingresos exclusivamente agrícolas, creció en 32%, mientras que el de los hogares con ingreso exclusivamente no agrícola o ingresos combinados, crecieron en 47% y 13%, respectivamente. En el mismo período, los ingresos totales de los hogares exclusivamente agrícolas crecieron en 24%, los de los hogares exclusivamente no agrícolas aumentaron en 42% y los de los hogares con ingresos múltiples en 18%.

Entre 1990 y 1997, mientras que el sector agropecuario perdió, en saldo neto, 188 mil empleos, los sectores no agrícolas, generaron 448 mil nuevos empleos. Esto significa que el empleo rural no agropecuario presenta una dinámica de crecimiento cuatro veces mayor que el empleo total y tres veces mayor que el crecimiento de la población en edad de trabajar. En 1997, más de dos y medio millones de empleos rurales son no agropecuarios y dos millones novecientos mil son agropecuarios.

En 1997, en el sector rural no agropecuario las cifras indican una preponderancia de los trabajadores independientes (42%) por sobre los empleados (27%), los obreros (15%), los

empleados domésticos (7%), los trabajadores familiares (7%) y los patrones (2%).

Basándose en una encuesta de 1000 hogares rurales en Colombia, Deininger y Olinto (2000) reportan que el ingreso no agrícola representa el 45% de los ingresos totales. La relación entre el nivel de dependencia del hogar del ingreso no agrícola, y el ingreso total y el nivel de activos del hogar, tiene una forma no lineal: los hogares del quintil más pobre obtienen el 60% de su ingreso de fuentes no agrícolas, porcentaje que disminuye a 35% para el cuarto quintil y que luego aumenta a 45% para el quintil de mayores ingresos.

Al nivel del hogar, la especialización (agrícola o no agrícola) es un atributo de los hogares con mayores niveles de ingreso y de activos. Los hogares con bajos niveles de capital humano o físico, están obligados a dedicarse al ERNA con menor remuneración (ERNA de refugio). Sólo los hogares que disponen de mayores niveles de activos, o de acceso a los mercados de tierra y de crédito, logran optar a algún tipo de especialización, que a su vez permite mayores retornos al trabajo. La existencia de diversas opciones (agrícolas y no agrícolas) de actividad económica a escala regional, amplía el abanico de alternativas de especialización a las que puede acceder cada hogar.

Los factores que determinan mayores niveles de especialización son: dotación de activos físicos (a mayor acceso a tierra y ganado, mayor especialización), tamaño del hogar (los hogares con más integrantes tienden a diversificar sus fuentes de ingreso) y educación (los hogares con mayores niveles de escolaridad, tienden a especializarse).

Ecuador

Basándose en la Encuesta de Condiciones de Vida de 1995, Elbers y Lanjouw (2000) en-

cuentran que el ERNA es muy importante en todas las regiones del Ecuador. El porcentaje de la PEA rural empleada en actividades no agrícolas, varía entre algo más de 25% en el Oriente del país, 37% en la Sierra y 43% en la Costa. El 41% del ingreso de los hogares rurales proviene de actividades no agrícolas. A mayor nivel de ingreso total del hogar, mayor es la contribución del componente no agrícola, aunque incluso en los hogares más pobres, el IRNA constituye el 20% del ingreso total.

En 1995 existían alrededor de medio millón de pequeñas empresas no agrícolas en el Ecuador rural, que daban empleo a 900.000 personas. La mayoría de estos pequeños negocios eran de tipo familiar, y dos terceras partes se localizaban en los propios hogares de los propietarios. El 40% de ellos se dedicaba al comercio en pequeña escala.

El acceso al ERNA está determinado por el sexo de la persona (las mujeres tienen mayor probabilidad de acceder al ERNA, pero menor acceso a aquellos empleos no agrícolas mejor remunerados), la educación, la edad (la probabilidad de acceder al ERNA aumenta con la edad hasta que la persona tiene algo así como 55 años de edad, y luego disminuye), pertenencia a algunas etnias, y localización (tanto con relación a las ciudades como en lo que respecta a las tres grandes regiones del país).

En cuanto al nivel de ingreso no agrícola, las determinantes significativas son el género (los hombres tienen ingresos no agrícolas que son 70% mayores que los de las mujeres), la educación, la propiedad de la tierra (la propiedad de una hectárea adicional aumenta el ingreso no agrícola en 5%), y la localización regional (aunque los hogares que viven en la Costa tienen una mayor probabilidad de acceder a empleos rurales no agrícolas, los ingresos derivados de dicha

actividad tenderán a ser 22% menor que los generados por hogares en la Sierra).

Elbers y Lanjouw (2000) confirman que el ingreso no agrícola se concentra en los hogares con mayores niveles de ingreso, por lo que el IRNA no es un factor que contribuya a una mayor igualdad en la distribución de los ingresos en el sector rural. Mientras que la economía rural no agrícola está asociada a mayores niveles de ingreso y menor pobreza, también está relacionada con una mayor inequidad en los niveles de consumo.

Los mismos autores también analizan los factores que determinan la probabilidad de que un hogar sea propietario de una empresa familiar. La educación tiene un fuerte efecto: si el jefe del hogar tiene educación primaria o secundaria, o si todos los miembros del hogar tienen algún nivel de educación, entonces será más probable que el hogar sea propietario de una empresa familiar. Sin embargo, si uno o más miembros del hogar tienen educación superior, entonces será menos probable que su hogar posea una empresa familiar. Los hogares que cultivan algo de tierra, tenderán a no ser propietarios de este tipo de empresas. La incidencia de empresas familiares es mayor en hogares que viven en la Costa. Si el hogar cuenta con energía eléctrica o si tiene teléfono, entonces tendrá una mayor probabilidad de tener una empresa familiar.

El Salvador

Lanjouw (2000), haciendo uso de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM) de 1994 y de una encuesta de hogares rurales conducida por la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) en 1996, informa que en 1994 el 36,4% de la PEA rural estaba empleada en el sector no agrícola; esta cifra es el doble de la estimada por Klein (1993)

para El Salvador en 1975. El 30% del ERNA corresponde al sector de manufacturas, el 25% a comercio, 13% a la construcción, 10% a servicios domésticos y 6% a transporte; el saldo se concentra en diversas actividades principalmente dentro del sector terciario de la economía.

En proporción a su participación en la PEA, las mujeres rurales tienen una mayor participación en el ERNA que los hombres. El 72% de las mujeres rurales en la PEA se emplean en el sector no agrícola, en comparación con sólo el 25% de los hombres. Las actividades principales a que se dedican las mujeres rurales son, en primer lugar, el comercio, seguido de la manufactura y los servicios domésticos. Los hombres se emplean principalmente en la construcción, manufacturas y transporte.

Adicionalmente, en El Salvador se observan variaciones regionales en la importancia del ERNA. En la región Central 1 (que incluye los departamentos de Chalatenango, La Libertad, San Salvador y Cuscatlán), casi la mitad de la PEA rural se emplea en el sector no agrícola. En las regiones Central 2 (San Vicente, La Paz, Cabañas) y Occidental (Santa Ana, Ahuachapán, Sonsonate), esta cifra alcanza a poco más del 33%. En la región Oriental (Usulután, San Miguel, Morazán y La Unión), el porcentaje es de 23%.

En términos generales, la participación en el sector no agrícola está correlacionada con menores niveles de pobreza. El 5% de los hogares rurales se dedica exclusivamente a trabajos agrícolas por cuenta propia y asalariado, y en este grupo la incidencia de pobreza es de casi 55%. El 20% de la población rural combina la agricultura por cuenta propia con el trabajo no agrícola, y en este grupo la incidencia de pobreza se reduce al 36%. El 26% genera sus ingresos exclusi-

vamente en el empleo no agrícola, y el 20% de este grupo son pobres.

El estudio de Lanjouw (2000) empleó los datos de la encuesta de FUSADES para examinar en mayor detalle la situación de las pequeñas empresas familiares que constituyen una fuente importante de ERNA. Las 101 empresas estudiadas empleaban 300 personas, de las que 40% eran miembros de la familia. El 52% de estas empresas estaban basadas en los hogares de sus propietarios. Solo el 5% había recibido alguna forma de capacitación. Un porcentaje significativo de estas empresas se dedica al comercio, procesamiento de alimentos, transporte y reparaciones y servicios mecánicos, lo que sugiere que existe una relación entre el sector no agrícola y el agrícola en el medio rural salvadoreño. Sin embargo, otro grupo importante de empresas se relaciona más bien con mercados urbanos, como es el caso de la industria textil: el 25% de estas pequeñas empresas de manufacturas textiles, mantenía una relación contractual con alguna empresa mayor, que les proporcionaba insumos y les compraba sus productos.

En su trabajo, Lanjouw (2000) estudió los factores determinantes del empleo y del ingreso no agrícolas, distinguiendo entre aquellas ocupaciones que hemos llamado “ERNA de refugio” y las que corresponden a actividades bien remuneradas. En cuanto a la probabilidad de que una persona se emplee en el sector no agrícola, los factores determinantes incluyen el sexo (las mujeres tienen una mayor probabilidad de acceder a ERNA mal remunerado), la edad (a más años, menor probabilidad de acceder a ERNA), la educación (a mayor educación, mayor probabilidad de acceder a ERNA), la dotación de tierra per cápita del hogar (a mayor superficie per cápita, menor probabilidad de acceder a ERNA, aunque si se hace el análisis sólo sobre el ERNA bien remunera-

do, entonces la relación se invierte, y son los hogares con más tierra los que capturan este tipo de oportunidad), el acceso a caminos pavimentados y a electricidad (aumentan la probabilidad de acceso a ERNA), y la localización en los departamentos de Sonsonate, La Libertad, San Salvador, La Paz y San Miguel (en todos ellos aumenta la probabilidad de acceder a ERNA). El tamaño del hogar es un factor que incide significativamente en el acceso a empleos no agrícolas mal remunerados.

En cuanto al nivel de los ingresos no agrícolas, Lanjouw (2000) encuentra que solamente el sexo y la educación tienen un efecto estadísticamente significativo: las mujeres ganan menos que los hombres y, a mayor educación, más alto será el nivel de ingreso no agrícola.

Honduras

Ruben y van den Berg (2000), empleando la Encuesta Nacional de Consumo, Ingreso, Gasto y Nutrición de 1993-94, encuentran que la gran mayoría de los habitantes rurales económicamente activos generan sus ingresos recurriendo a más de un tipo de empleo, incluyendo actividades no agrícolas. Los hogares de agricultores que viven en pequeños poblados tienen los más altos niveles de ingreso y generan el 35% de los mismos a través de actividades no agrícolas, tanto asalariadas como por cuenta propia. Por regiones del país, el porcentaje del ingreso de los hogares rurales que proviene de actividades no agrícolas, es de 26% en el Sur, 21% en el Norte y 16% en Occidente.

En el Norte, el ERNA asalariado es muy importante, por la influencia de las industrias establecidas en torno a San Pedro Sula y Puerto Cortez. En otras regiones, el empleo asalariado no agrícola está relacionado más bien a pequeñas empresas y a empresas fami-

liares. El autoempleo no agrícola es más frecuente en el Sur del país, e incluye la prestación de servicios, manufacturas, procesamiento y comercio, actividades frecuentemente vinculadas a la agricultura y que se ven estimuladas por una mayor densidad de población. En el Norte y en Occidente, el autoempleo no agrícola tiende a concentrarse en actividades con menores niveles de remuneración, como talleres de reparaciones y comercio de alimentos en pequeña escala.

A pesar de la importancia de la diversificación del empleo rural en Honduras, el 32% de los hogares aún dependen exclusivamente de la agricultura por cuenta propia, el 14% sólo generan ingresos mediante el trabajo agrícola asalariado, y el 25% están completamente especializados en actividades no agrícolas. Los hogares más pobres diversifican sus ingresos al interior del sector agrícola, en tanto que aquéllos más ricos generan ingresos en varios sectores de la economía.

Los hogares del cuartil de más bajos ingresos, generan el 14% de sus ingresos en actividades no agrícolas, y el porcentaje se eleva a 31% para el 25% más rico. Los hogares sin tierra generan el 68% de sus ingresos en los sectores no agrícolas de la economía.

En cuanto a los factores que determinan el tipo de empleo al que probablemente accederán los individuos, Ruben y van den Berg (2000) encontraron que los hogares campesinos con menores superficies de tierra y localizados en zonas de ladera, tienen la mayor probabilidad de dedicarse al empleo agrícola asalariado; el efecto de la calidad de los suelos y de la topografía de las fincas, es mucho más importante que el del tamaño de la finca. Igualmente, los asalariados agrícolas tienden a ser varones y a carecer de educación.

La participación en el mercado de trabajo asalariado no agrícola se ve favorecida con el acceso a mayores superficies de tierra, particularmente si al menos parte de ella dispone de riego (presumiblemente porque la mecanización en estas tierras es más factible y reduce la demanda de trabajo de la finca, liberando mano de obra para otras actividades no agrícolas). Los hogares rurales con un mayor número de mujeres, tenderán a tener una mayor participación en el trabajo asalariado no agrícola. Las personas de edad media y con educación secundaria, tienen una mayor probabilidad de emplearse en actividades no agrícolas. Las mujeres tienden a emplearse en servicios domésticos, trabajos administrativos y manufacturas textiles, en tanto que los hombres lo hacen en la construcción, transporte y manufacturas pesadas.

El autoempleo no agrícola es importante en la región Sur, donde las microempresas y los prestadores de servicios se ven favorecidos por una mayor demanda proveniente de mercados locales y urbanos. La participación en este tipo de empleo es independiente del acceso a tierra. Las mujeres jóvenes, con algún nivel de educación, son quienes desarrollan la mayor parte de estas actividades por cuenta propia, incluyendo panaderías, tortillerías, puestos en los mercados, talleres de corte y confección, servicios de fotocopiado, talleres de reparaciones y restaurantes.

México

De Janvry y Sadoulet (2000) emplearon una encuesta aplicada en 1997 a una muestra representativa del sector ejidatario a escala nacional y estadual, para concluir que los ingresos no agrícolas son mucho más importantes que los ingresos derivados del trabajo asalariado agrícola, situación que contrasta con el concepto convencional de

que los pequeños productores complementan sus ingresos asalariándose en las grandes fincas. En el sector ejidal mexicano al menos, el empleo no agrícola, las transferencias monetarias de programas públicos y las transferencias monetarias de migrantes, son mucho más importantes que el trabajo asalariado agrícola.

En promedio, el IRNA representa el 55% del ingreso total de los hogares de ejidatarios mexicanos. El porcentaje varía entre 77% para los hogares con menores superficies de tierra, a 38% en aquéllos con fincas de mayor tamaño. En palabras de De Janvry y Sadoulet (2000), “el sector de la agricultura familiar viable creado por la Reforma Agraria, en los hechos está conformado por hogares que, en promedio, tienden más a no ser agricultores que a serlo.” Los hogares con poco acceso a tierra, tienen una dependencia especial del empleo no agrícola.

En términos absolutos, sin embargo, los hogares con mayor dotación de tierra y mayores ingresos, generan un ingreso no agrícola que es 75% mayor que el de los hogares con menos tierra y con menores ingresos totales. Es decir, se observa de hogares de agricultores, que diversifican sus fuentes de ingreso a través de actividades no agrícolas. Ello significa que el IRNA no compensa la falta de tierra; el único tipo de ingreso que beneficia diferencialmente a aquellos ejidatarios con poca tierra, es el trabajo asalariado agrícola, que se caracteriza por su inestabilidad temporal y por sus bajas remuneraciones. Por ello es que el ingreso agrícola explica el 60% de la desigualdad en los ingresos, en tanto que el ingreso no agrícola contribuye con el 23% de la desigualdad en los ingresos. Dentro del ingreso no agrícola, el tipo de empleo mejor remunerado es el ingreso asalariado.

A escala de cada hogar, en promedio el 40% de quienes se emplean fuera de la finca lo hacen en trabajos asalariados no agrícolas, el 37% en autoempleo no agrícola y el resto en trabajos asalariados agrícolas. Dentro de las categorías de empleo asalariado no agrícola, la construcción es la actividad dominante, seguida de la manufactura y luego del comercio. Dentro del autoempleo no agrícola, el comercio es la actividad principal.

Los hombres jefes de hogar se emplean principalmente en la agricultura (93%), pero aún así el 32% de ellos se dedican al trabajo no agrícola como actividad secundaria. Entre los hombres jóvenes que no son jefes de hogar, el 31% se emplea principalmente en actividades no agrícolas y el 24% hace lo mismo como actividad secundaria. El 15% de las mujeres jóvenes se emplea en actividades no agrícolas como ocupación principal. Las cónyuges de los jefes de hogar (97% de las cuales son mujeres), tienen menores posibilidades de acceso a trabajo asalariado agrícola, empleo en la construcción, trabajo asalariado agrícola y migración estacional, en comparación con los jefes de hogar; sin embargo, tienen las mismas probabilidades de participar en el autoempleo no agrícola (principalmente comercio y microempresas). La categoría de hombres jóvenes es la que tiene mayores probabilidades de participar en el trabajo fuera de la finca, mientras que las mujeres jóvenes están restringidas a actividades en la finca y a empleo asalariado agrícola, trabajo en el cual participan tanto como los jefes de hogar.

La educación claramente favorece la participación en el empleo no agrícola; las cónyuges de los jefes de hogar que participan en el ERNA, tienen casi cuatro veces más años de escolaridad que aquéllas que no acceden a este tipo de empleo. Los hombres y mujeres jóvenes que participan en el ERNA, tienen mejores niveles de educación que aquéllos

de sus pares que se dedican al trabajo asalariado agrícola. La misma tendencia se observa entre los miembros del hogar de mayor edad. Aquellos miembros del hogar con entre tres y nueve años de educación escolar, tienen mayores probabilidades de participar en el trabajo asalariado y en el autoempleo no agrícola, en comparación con quienes tienen menos de tres años de escolaridad. Los que logran acceder a más de nueve años de educación escolar, tienen mayores probabilidades de acceder a empleos no agrícolas mejor remunerados, a migrar estacionalmente a los Estados Unidos y a autoemplearse en actividades no agrícolas. A partir de cierto nivel de escolaridad (nueve años), la educación tiene un efecto mayor sobre las mujeres que sobre los hombres, en cuanto a inducir su participación en el ERNA asalariado o por cuenta propia; sin embargo, el género no interactúa con la educación para aquellos individuos con menos de nueve años de escolaridad.

El acceso a una mayor dotación de tierra disminuye significativamente la probabilidad de participar en las actividades peor remuneradas, como la construcción o el trabajo asalariado agrícola.

Para un mismo nivel de educación, los ejidatarios que no pertenecen a una etnia indígena, tienen mayor acceso al ERNA. La pertenencia a una etnia indígena reduce el acceso a empleo no agrícola, así como también disminuye las opciones de migración estacional a los Estados Unidos.

Cuanto mayor sea el número de centros urbanos a una hora o menos de distancia, mayor serán las probabilidades de participación de las mujeres ejidatarias en el empleo no agrícola, y menor será su participación en el trabajo asalariado agrícola. Sin embargo, la cercanía a centros urbanos no afecta las po-

sibilidades de acceso de los hombres al ERNA.

La localización geográfica es otro factor que afecta las posibilidades de acceso al ERNA. Los hogares de ejidatarios en el Sur del país, tienen muchas menos opciones de participar en este tipo de empleos y, en consecuencia, el acceso a tierra es la determinante principal de sus ingresos.

En cuanto a las determinantes de los niveles de ingresos no agrícolas, De Janvry y Sadoulet (2000) encuentran que el acceso a tierra de temporal disminuye los niveles de ingreso no agrícola por trabajo asalariado. La edad del jefe de hogar también condiciona los niveles de ingreso, ya que a mayor edad mayores son las contribuciones de la ganadería y las transferencias de migrantes y menor es la importancia del trabajo asalariado agrícola.

La educación tiene un efecto muy significativo en los niveles de ingreso. Las actividades mejor remuneradas, incluyendo buena parte de los empleos no agrícolas, van a aquéllos con mejor nivel de escolaridad. La contribución marginal al ingreso del hogar de un adulto con más de nueve años de escolaridad, comparado con otro con menos de tres años, es la siguiente: ingreso por trabajo asalariado agrícola, -US\$ 557; ingreso por transferencias de migrantes, -US\$ 537; ingreso por ganadería, +US\$ 129; ingreso por cultivos, +US\$ 418; ingreso por autoempleo no agrícola, +US\$ 515, e ingreso por trabajo asalariado no agrícola, +US\$ 1063.

Finalmente, la localización también es una determinante significativa del nivel de ingresos no agrícolas, tanto en relación con la proximidad a centros urbanos (a mayor cercanía, mayor es el ingreso no agrícola), como por la ubicación regional del hogar (si viven en las regiones menos dinámicas del

país, como el Sur, menor será el nivel de ingresos no agrícolas).

Nicaragua

Corral y Reardon (2000) estudiaron el ERNA y el IRNA en Nicaragua, empleando la Encuesta de Medición de Niveles de Vida de 1998. El IRNA representa el 41% del ingreso total de los hogares rurales de Nicaragua. En los hogares rurales sin tierra, esta cifra aumenta a 65%; en los hogares con menos de 50 manzanas, alcanza a 30%, y en los hogares con más de 50 manzanas, disminuye a 10%. Es decir, el grado de dependencia del ingreso no agrícola está negativamente correlacionado con el acceso a tierra. La misma correlación se observa respecto del nivel absoluto de ingresos, ya que los hogares sin tierra generan US\$ 2445 en ingreso no agrícola, en comparación con US\$ 850 y US\$ 420 para los hogares de pequeños/medianos y grandes agricultores, respectivamente. En contraste con la estratificación por nivel de acceso a la tierra, la participación del IRNA en los ingresos de los hogares aumenta de los cuartiles de ingreso más pobres, a los más ricos.

Gracias a su mayor acceso al ERNA, los habitantes rurales sin tierra en promedio son 30% más ricos que los pequeños productores (menos de 5 mz) y 10% más ricos que los medianos agricultores (5 a 20 mz). El ingreso por trabajo asalariado agrícola es mucho menos importante para los habitantes rurales sin tierra, que el ingreso no agrícola. La manera más apropiada de interpretar este resultado, es concluir que hay una bimodalidad en los ingresos de los habitantes rurales sin tierra, ya que algunos de ellos (los más pobres) se dedican al trabajo agrícola, en tanto que otros logran acceder a empleos no agrícolas que en promedio son mucho mejor remunerados.

En contraste, la fuente complementaria de ingresos de los campesinos minifundistas, tiende a ser el trabajo asalariado agrícola. En comparación con los minifundistas, el mayor acceso de los habitantes rurales sin tierra al ERNA se explica probablemente por su mayor nivel de escolaridad, a que en promedio viven más cerca de un camino principal, a que se concentran en la región del Pacífico que está más densamente poblada y más urbanizada, y a que tienen más acceso a servicios públicos como electricidad.

Dentro de los ingresos no agrícolas, la mayor fuente de ingresos para todos los estratos, es el ingreso asalariado. El ingreso asalariado representa el 80% del ingreso no agrícola de los habitantes rurales sin tierra, 71% entre los pequeños productores, 55% entre los medianos, y 25% entre los grandes. Obviamente, los hogares con mayor dotación de activos y más ricos, tienen acceso al capital y a otros recursos necesarios para participar en el desarrollo de empresas no agrícolas, evitando así la opción de emplearse por un salario.

A pesar de la importancia del IRNA, en Nicaragua la mayoría de los hogares muestran una tendencia a especializarse en el tipo de actividades que realizan. El 49% de los hogares rurales sólo generan ingresos agrícolas, el 6% dependen exclusivamente de ingresos no agrícolas y el 41% derivan ingresos de ambas fuentes. Si el criterio se ajusta más y se buscan aquellos hogares que generen al menos el 20% de su ingreso en una fuente determinada, se observa que sólo el 18% de los hogares participa en ambos tipos de empleo en un mismo año. Además, son los hogares más ricos los que tienden a diversificar sus fuentes de ingreso.

El 80% del ingreso no agrícola proviene del sector de servicios, con casi la mitad de esa proporción derivada del comercio. La se-

gunda fuente en importancia es la manufactura. El 77% del ingreso derivado del sector servicios, corresponde a trabajo asalariado, mientras que el ingreso de manufacturas proviene en iguales proporciones del autoempleo y del trabajo asalariado.

Los hogares de la región del Pacífico dependen más que otros del ingreso no agrícola (75% versus 25 a 26% en otras zonas). Igualmente, el trabajo no agrícola en esta región es mejor remunerado que en otras zonas del país. Ello posiblemente se debe a la influencia de la mayor densidad de población, al mayor grado de urbanización, y a la mejor dotación de infraestructura de caminos y de otro tipo, en esta región de Nicaragua.

Los factores que inciden en la probabilidad de que los hogares rurales de Nicaragua participen en el ERNA (asalariado o por cuenta propia), son, en orden de importancia, los siguientes: la educación (incluye variables tales como porcentaje de alfabetos en el hogar y el nivel educacional al que se ha accedido), que tiene una fuerte influencia positiva sobre el acceso al ERNA; la cercanía a caminos pavimentados, que favorece el acceso al ERNA; el tamaño del hogar, dado que a mayor número de miembros, mayor es la probabilidad de que al menos uno de ellos participe en una actividad no agrícola; factores de localización regional, donde la ubicación del hogar en algunos departamentos (como Masaya) tiene un efecto positivo sobre el acceso al ERNA, en tanto que la localización en otros (como Jinotega) tiene el efecto contrario; el acceso a electricidad, que favorece la participación en el ERNA, y; finalmente, la participación en organizaciones sociales rurales, que son un factor también favorable para la participación en actividades no agrícolas.

Con respecto a las determinantes del nivel del ingreso no agrícola en Nicaragua, Corral y Reardon (2000) obtienen los siguientes resultados:

La educación es la variable que tiene un mayor efecto positivo sobre el ingreso asalariado no agrícola, pero no tiene mayor efecto sobre el ingreso por autoempleo no agrícola. Por cada adulto alfabeto, el ingreso por salario no agrícola aumenta en promedio en 1.763 córdobas.

El acceso a una mayor superficie de tierras de temporal, ocasiona una disminución en el ingreso asalariado no agrícola, pero también un incremento en el autoempleo no agrícola. El acceso a tierras regadas no tiene un efecto significativo, posiblemente porque éste no es un factor de magnitud en Nicaragua.

En comparación con hogares encabezados por mujeres, los hogares con jefes de hogar hombres, generan mayores ingresos en el sector agrícola (tanto por cuenta propia como asalariado), pero menores ingresos por empleo asalariado no agrícola.

La participación en organizaciones económicas rurales (como cooperativas), contribuye a un aumento en el ingreso total del hogar, así como en aquél proveniente del autoempleo no agrícola.

El acceso a caminos pavimentados aumenta el ingreso por trabajo asalariado, tanto agrícola como no agrícola, pero no tiene mayor efecto sobre el ingreso no agrícola por cuenta propia. Este último tipo de ingreso, sin embargo, se ve estimulado por el acceso a agua potable y electricidad.

Tras controlar por otros factores, no hay diferencias en ingresos totales que sean atribuibles puramente a la localización regional. Sin embargo, sí hay influencia regional en la

composición del ingreso. Estar localizado en el interior o en la región Atlántica, tiene un efecto negativo sobre el ingreso asalariado no agrícola, pero en cambio estimula el ingreso agrícola por cuenta propia.

Perú

Escobal (2000) estudia la importancia del ERNA y del IRNA en el Perú, empleando tres Encuestas Nacionales de Hogares, realizadas en 1985-86, 1994 y 1997. Las actividades no agrícolas que tradicionalmente se denominan “complementarias” a la agricultura por cuenta propia, de hecho concentran el 31% del trabajo y generan el 44% del ingreso de los hogares rurales.

Entre 1985-86 y 1997, el porcentaje del empleo por cuenta propia agrícola relativo al empleo rural total, ha caído de 76% a 65%, en tanto que el autoempleo no agrícola aumentó de 15% a 26%. El empleo asalariado agrícola y no agrícola se han mantenido más o menos constantes, y además en conjunto representan menos del 10% del empleo rural total. De acuerdo a Escobal (2000), el impulso inicial para la caída del autoempleo agrícola y el incremento del empleo no agrícola por cuenta propia, provino de la disminución de los precios reales de los productos agrícolas, lo que a su vez fue consecuencia del programa de ajuste estructural iniciado en 1990.

Contra lo que uno podría esperar, no hay grandes diferencias regionales en la asignación de mano de obra entre las actividades agrícolas y no agrícolas, o entre las asalariadas y por cuenta propia. Ello, a pesar de que sí existen fuertes diferencias regionales en la remuneración diaria promedio del trabajo agrícola por cuenta propia o asalariado, en tanto que las diferencias regionales son de mucho menor magnitud en lo que respecta al trabajo no agrícola, ya sea por cuenta propia

o asalariado. Sin embargo, sí existen fuertes diferencias regionales en la composición del ingreso rural: en promedio para el país, el ingreso no agrícola representa el 44% del ingreso rural, cifra que alcanza sólo al 21% en la Costa, 36% en la Selva y 53% en la Sierra; la misma tendencia se observa para el trabajo asalariado que para el trabajo por cuenta propia, ambos no agrícolas.

Los hogares rurales más pobres se concentran en el mercado de trabajo agrícola, cuyas remuneraciones promedio son inferiores a las del no agrícola. El trabajo asalariado agrícola tiene escasas barreras de entrada, en tanto que el autoempleo no agrícola mejor remunerado (comercio, manufactura, agroprocesamiento, etc.) tiene mayores exigencias de niveles de escolaridad y de acceso a capital.

Así, el quintil más pobre de la población rural peruana genera el 70,5% de su ingreso del autoempleo agrícola, seguido del autoempleo no agrícola (20%). En cambio, el quintil más rico, genera poco más del 50% de sus ingresos en actividades no agrícolas, tanto por cuenta propia (33%) como asalariadas (17,6%). Sin embargo, es importante destacar que el ingreso por cuenta propia agrícola es, para todos los quintiles, la principal fuente de ingresos.

Al igual que se ha observado en otros países, el ingreso no agrícola (por cuenta propia o asalariado) es un factor que si bien contribuye a aumentar los ingresos totales de todos los sectores rurales, incluyendo los más pobres, al mismo tiempo tiene una distribución tal que su efecto neto es contribuir a agravar la desigualdad en la distribución de los ingresos rurales.

En cuanto a los factores determinantes de la contribución de los ingresos no agrícolas al ingreso total, Escobal (2000) encuentra que la educación, la productividad de la tierra

(medida en el valor de la producción en soles por hectárea), y la localización geográfica, son las variables que tienen un efecto

significativo en determinar el aporte de los empleos no agrícolas al ingreso total de los hogares rurales.

IV. Tendencias generales

A partir de lo señalado en la sección anterior, es posible identificar ciertos resultados que se aprecian en la totalidad o en la mayoría de los países. Obviamente, estas conclusiones son tendencias generales y ante cada una de ellas es posible encontrar países y/o regiones en que no se cumplen de la manera que aquí se enuncia.

En todos los países, *el ERNA representa un porcentaje significativo del empleo rural total*, por lo común superior a un 20% o más. En aquellos países en que ha sido posible hacer comparaciones con datos de los años ochenta o setenta, se concluye siempre que la importancia del ERNA aumenta sostenidamente, a tasas significativamente mayores que la tasa de crecimiento de la población rural y, por cierto, a tasas superiores a la evolución del empleo agrícola (que en varios países tiende a disminuir en importancia relativa).

La importancia del IRNA en el ingreso rural es aún mayor que la del ERNA en el empleo rural. En todos los países estudiados, el IRNA contribuye 40% o más del ingreso rural total. Desde este punto de vista, resulta impropio en América Latina seguir hablando de las actividades rurales no agrícolas como “complementarias” al empleo y autoempleo en la agricultura. De hecho, en muchas zonas de varios países, es la agricultura la que ha pasado a ser una actividad “complementaria” de otras actividades no agrícolas.

Sin embargo, el concepto de “no agrícola” en realidad es una abstracción que incluye a una gama muy diversa de tipos de empleos en los sectores secundario y terciario de la

economía, desde el trabajo asalariado en actividades que requieren altos niveles de calificación laboral en una agroindustria, hasta la elaboración en el hogar de pequeñas artesanías y bienes de consumo rudimentarios. Si el concepto de “no agrícola” lo desagregamos al nivel de actividades específicas (comercio, transporte, agroindustria...), entonces se hace evidente que *la agricultura sigue siendo, sin lugar a dudas, la primera actividad económica en importancia en la gran mayoría de las regiones rurales de los países de América Latina y el Caribe.* La importancia de la agricultura resalta si se acepta que buena parte del ingreso no agrícola es generado por actividades directamente relacionadas con, y dependientes de, la producción primaria agropecuaria, a través de vínculos de producción y de consumo.

El porcentaje de los hogares rurales que vive exclusivamente de la agricultura y especialmente de la agricultura por cuenta propia, es casi siempre inferior a la mitad de los hogares rurales. *Los hogares que viven principal o exclusivamente de los ingresos no agrícolas son muy numerosos en casi todos los países y regiones.* Se debe destacar el hecho de que en muchos países, los hogares de agricultores participan activamente en actividades rurales no agrícolas. Sin embargo, el porcentaje de hogares rurales “multifuncionales” resulta ser, en muchos casos, inferior a lo que se podría esperar. En varios estudios se concluye que la multifuncionalidad es un atributo de los hogares más ricos, pero en otros países se observa más bien una tendencia a la especialización (agrícola o no agrícola) conforme aumenta el ingreso total del hogar.

Los empleos no agrícolas tienden en muchos casos a ser mejor remunerados que la mayoría de los empleos agrícolas. En particular, el empleo asalariado no agrícola es mucho mejor remunerado que el trabajo asalariado agrícola. El autoempleo no agrícola es mejor remunerado que muchos tipos de trabajos agrícolas por cuenta propia, en particular si se compara con muchas formas de pequeña producción de autoconsumo. Los ingresos no agrícolas en muchos países son más importantes para los hogares más pobres, que el trabajo asalariado agrícola, contradiciendo la visión convencional de que los campesinos pobres complementan sus ingresos principalmente empleándose como trabajadores en las fincas comerciales.

Un muy alto porcentaje del empleo no agrícola, posiblemente la mayor parte del mismo, corresponde a actividades mal remuneradas, que requieren de una baja calificación laboral, y cuyo potencial de desarrollo es muy limitado. Este ERNA de refugio puede ser considerado como el equivalente no agrícola del minifundio de subsistencia. *El ERNA de refugio proporciona a los pobres rurales una alternativa de complementación y estabilización de ingresos, pero no parece ofrecer una vía para la superación de la pobreza.* Este ERNA de refugio es especialmente importante en las zonas agrícolamente más deprimidas.

Dentro del empleo NO agrícola, en muchos países el sector de servicios es más importante que el de la industria y la manufactura. El comercio es la actividad más destacada en muchos países y regiones, aunque con frecuencia se trata de comercio informal, ambulante y de pequeña escala. En algunos países la manufactura es la segunda actividad en importancia, pero en otros este lugar lo ocupa la construcción. Asimismo, en la mayoría de los países el ERNA asalariado involucra a un mayor número de personas

que el ERNA por cuenta propia, y éste último tiende a concentrarse en muchos casos en microempresas familiares basadas en el hogar.

En muchos de los países *el ERNA por cuenta propia bien remunerado y con mayor potencial de crecimiento, está concentrado en los hogares más ricos.* Las barreras de entrada (educación, capital, movilidad y proximidad a mercados, entre otras) a este tipo de empleo no agrícola son muy importantes y operan como factores de exclusión de los hogares pobres rurales. El ERNA asalariado bien remunerado también presenta importantes barreras de entrada, las que parecen estar vinculadas principalmente al nivel educacional de los miembros del hogar.

La mayoría de los estudios coinciden en señalar una correlación positiva entre el nivel de ingreso total del hogar, y el nivel de ingreso no agrícola. Al mismo tiempo, se observa que los hogares más pobres dependen en mayor medida del ingreso no agrícola. Las mismas tendencias se observan cuando al análisis correlaciona el ingreso no agrícola con la dotación de tierra y otros activos físicos de los hogares. Es decir, los hogares más ricos por lo general dependen menos del IRNA, pero generan mayores niveles de este tipo de ingreso.

De la misma forma, *el ERNA mejor remunerado tiende a concentrarse en las zonas rurales más dinámicas,* incluyendo aquellas que se caracterizan por sistemas agrícolas prósperos y competitivos, así como otras en las que las fuentes del dinamismo económico son no agrícolas. En las zonas pobres, más aisladas y con economías más postergadas, el grueso del empleo no agrícola es ERNA de refugio.

Por lo anotado en el párrafo anterior, aquellos estudios que han analizado el efecto del ERNA y del IRNA sobre la desigualdad en la distribución del ingreso, tienden a coincidir que, en el mejor de los casos, éstos no constituyen un factor que favorezca una distribución más equitativa del ingreso rural, y que, por el contrario, *es muy probable que el IRNA en muchos casos profundice la desigualdad en la distribución del ingreso rural.*

El ERNA es particularmente importante y significativo para las mujeres que participan

en la PEA rural. Su participación relativa en el empleo no agrícola en casi todos los países supera con creces a la de los hombres. Las mujeres tienden a participar de manera muy importante en el ERNA asalariado y, en muchos países, se destaca su inserción en el sector de servicios. Sin embargo, muchas mujeres acceden a empleos no agrícolas relativamente mal remunerados, como el servicio doméstico o el comercio informal y en pequeña escala.

Cuadro 7. Factores determinantes de acceso a ERNA y de niveles de IRNA en nueve países de América Latina

		Brasil	Chile	Colombia	Ecuador	El Salvador	Honduras	México	Nicaragua	Perú
Determinantes de acceso a ERNA	Género									
	Educación									
	Edad									
	Tamaño del hogar									
	Experiencia migratoria									
	Tierra									
	Maquinaria									
	Pertenencia a etnia indígena									
	Crédito									
	Localización regional									
	Proximidad a centros urbanos									
	Electricidad									
Caminos en buen estado										
Determinantes de nivel de IRNA	Género									
	Educación									
	Edad									
	Tamaño del hogar									
	Tierra									
	Maquinaria									
	Pertenencia a etnia indígena									
	Crédito									
	Localización regional									
	Proximidad a centros urbanos									
	Electricidad									
	Caminos en buen estado									

V.

Determinantes del empleo y los ingresos rurales no agrícolas

Una de las conclusiones más interesantes de las investigaciones realizadas en los últimos años, es la relativa regularidad de algunos factores como determinantes del acceso de los hogares e individuos rurales al ERNA, así como del nivel de los ingresos no agrícolas. El cuadro 7 resume la información de los estudios disponibles para varios países. Dentro de los factores incluidos en este cuadro, claramente se destacan seis: el papel de la educación, el género, la edad, la localización geográfica y la dotación de activos físicos (o nivel de riqueza relativa del hogar).

El grado de *escolaridad* obtenido por los miembros del hogar, es posiblemente el factor que más influencia tiene, en el mayor número de países, tanto sobre las posibilidades de acceder al ERNA como sobre el nivel de ingreso que se podrá obtener de las actividades no agrícolas. Sistemáticamente aparece en los estudios que aquellos individuos con mayores niveles de escolaridad, son los que acceden al empleo rural no agrícola y, particularmente, a aquellos empleos con una mejor remuneración. Esto sucede tanto en países y regiones con un mayor grado de desarrollo económico, como en aquellos más pobres. Los hogares cuyos miembros carecen de niveles mínimos de educación, aparecen relegados a los trabajos peor remunerados y, especialmente, al trabajo agrícola asalariado y al ERNA de refugio.

El *género* interviene como un poderoso factor determinante en dos sentidos. Con bastante regularidad se concluye en los estudios nacionales y subnacionales, que las mujeres que participan en la PEA rural acceden proporcionalmente más que los hombres a empleos no agrícolas, pero, también,

que los niveles de ingreso a los que pueden optar tienden a ser menores que aquéllos que logran los varones miembros del hogar. Igualmente, varios de los estudios coinciden en señalar que las mujeres acceden principalmente al ERNA asalariado, y, dentro de esta categoría, a empleos en el sector de servicios (servicios domésticos y comercio, principalmente).

La *edad* es otro factor que aparece en forma reiterada como determinante del acceso al ERNA y, en menor medida, como determinante del nivel de ingreso no agrícola. Varios estudios que exploran este factor en mayor detalle, observan que la edad tiene un efecto positivo en el acceso al ERNA hasta cierta edad, y que a partir de ahí, su efecto pasa a ser negativo.

La *localización regional*, así como la *proximidad a centros urbanos* o a zonas de mayor densidad poblacional, son también factores que tienen una influencia significativa en el acceso al ERNA y en el nivel del IRNA. La tendencia predominante es que en las zonas más dinámicas y más próximas a centros urbanos o de mayor densidad de población, se presentan mayores opciones de empleo no agrícola, así como alternativas mejor remuneradas. En las zonas menos dinámicas, menos pobladas y menos accesibles, predomina el ERNA de refugio. Las zonas de agricultura más pobre, en especial si también disponen de bajos niveles de infraestructura, dependen fuertemente del ingreso no agrícola, pero no porque sus niveles absolutos sean altos, sino porque el ingreso total, y, en particular, el ingreso agrícola son bajos. En contraposición, las zonas de agricultura dinámica y competitiva, dependen en

menor medida del empleo no agrícola, pero en los hechos generan niveles de ingreso no agrícola mucho mayores a los observados en las zonas pobres. El efecto de disponer de *camino*s en buen estado forma parte de la misma tendencia.

La dotación de *activos físicos* (tierra, maquinaria), que en las zonas rurales es un indicador de riqueza relativa, favorece el desarrollo de actividades no agrícolas. La imagen convencional es que los hogares con mayores niveles de acceso a tierra, tienen menos acceso a empleo e ingresos no agrícolas. En la mayoría de los estudios disponibles, se confirma que los hogares con menos tierra tienen una mayor *dependencia* del IRNA, pero que los hogares con más tierra tienen un mayor *nivel* de este tipo de ingreso. Los hogares rurales sin tierra muestran en varios países un comportamiento bimodal: aquéllos que viven lejos de los centros urbanos, en especial en zonas sin buena infraestructura carretera, dependen en mayor medida del trabajo agrícola asalariado o de empleos no agrícolas tipo “refugio” (es decir, de baja calidad y productividad), mien-

tras que los que se localizan próximos a las ciudades y/o en zonas rurales dinámicas, acceden a empleos asalariados bien remunerados. Los hogares rurales más pobres, que enfrentan enormes dificultades para basar su desarrollo en el autoempleo agrícola, tienen un alto grado de dependencia del ingreso no agrícola, pero el nivel en términos absolutos de este tipo de ingreso es muy bajo. Por el contrario, los hogares con altos ingresos agrícolas tienden a concentrar también los mayores niveles de ingreso no agrícola, aunque su peso relativo en el ingreso total es menor que en el caso de los hogares más pobres. Lo que sucede es que los hogares pobres acceden a empleo no agrícola de refugio, mientras que los más ricos disponen de diversos tipos de activos (capital de trabajo, maquinaria y vehículos, calificación de la fuerza de trabajo y educación, contactos y relaciones, etc.) que les permiten acceder también a los empleos no agrícolas más rentables y productivos. Sin embargo, no debe perderse de vista que en el caso de miles de hogares rurales, aun el acceso al IRNA de refugio, es el factor que permite elevar el ingreso por encima de los niveles de pobreza o de indigencia.

VI. Sugerencias para promover el empleo y los ingresos rurales no agrícolas

Los estudios reseñados en este documento, sugieren las siguientes diez lecciones para el diseño e implementación de políticas y programas que estimulen el desarrollo del ERNA:

Promover tanto los incentivos (“motores”) que estimulan a los hogares a participar en empleos rurales no agrícolas, como las capacidades de los hogares para responder a dichas señales. La mayoría de las políticas y proyectos de desarrollo rural, por lo general prestan más atención a lo segundo que a lo primero. En particular, es esencial considerar el origen no rural de varios de los motores del ERNA (turismo, manufactura, industria). Una política de desarrollo rural que promueva el empleo no agrícola, debe buscar movilizar no sólo capitales, sino que también recursos humanos e institucionales no rurales, que posean las capacidades, relaciones y conocimientos necesarios para iniciar, desarrollar y conducir nuevos tipos de emprendimientos en los sectores secundario y terciario. Lo anterior debería verse facilitado por el proceso de *rurbanización* (Schejtman, 1998) y por la importancia creciente de demandas de los habitantes rurales por nuevos tipos de bienes y servicios de origen rural (turismo, recreación, servicios ambientales)

Adoptar una postura de promoción del desarrollo territorial y del conjunto de la economía rural, removiendo el sesgo agropecuario que caracteriza a las políticas de desarrollo rural. No existen motivos que justifiquen hoy en día depender exclusivamente del desarrollo agropecuario para me-

jorar la calidad de vida en las zonas rurales o para avanzar en la superación de la pobreza rural. Más aún, el propio desarrollo agropecuario requiere necesariamente del crecimiento de la industria y los servicios. En vastas zonas rurales, apostar en forma exclusiva al desarrollo agropecuario para reducir pobreza rural es consagrar una situación de pobreza, marginación y estancamiento endémico.

Asumir un tratamiento diferenciado de las zonas rurales más ricas y de las más pobres. En las primeras, lo esencial es la reducción de los costos de transacción que enfrentan tanto los agentes que desarrollan inversiones en motores del ERNA, como los hogares y habitantes rurales que buscan participar en actividades no agrícolas. En las zonas más pobres se requiere un papel activo del sector público para elevar el atractivo de estas zonas para el sector privado (camino, electrificación, telecomunicaciones, regadío), así como una fuerte focalización de inversiones públicas en el desarrollo de las capacidades de los hogares rurales para poder participar en un rango más amplio de actividades remuneradas (educación, acceso a crédito, activación de los mercados de tierra, etc.). Además, en el caso de las zonas pobres, donde la relación con mercados dinámicos es muy débil o inexistente, es esencial corregir la frecuente distorsión de numerosos proyectos de desarrollo que promueven la iniciación de microempresas y otros emprendimientos familiares o asociativos que terminan reducidos a “ERNA de refugio” al no estar vinculados a mercados dinámicos

que demanden los bienes y servicios producidos por estas iniciativas.

Los gobiernos locales y las instancias de concertación de actores locales sociales y económicos pueden cumplir un importante papel en la promoción del ERNA. En muchos países los gobiernos locales (municipales y provinciales) controlan o participan en las decisiones sobre la planificación del uso del territorio, sobre parte del sistema educacional, sobre la capacitación laboral, sobre ciertos niveles de la inversión en obras públicas de infraestructura, sobre el otorgamiento de patentes y licencias para la instalación de negocios no agrícolas con base rural, sobre la orientación y los contenidos de los sistemas de asistencia técnica, sobre la asignación de recursos de proyectos de desarrollo rural, e incluso sobre una fracción de los impuestos, que con frecuencia constituyen poderosas barreras de entrada a la realización de emprendimientos rurales no agrícolas. Es en este nivel donde se pueden negociar condiciones que permitan que un mayor porcentaje de los recursos de inversión públicos y privados, se canalicen hacia zonas de bajo potencial de desarrollo agropecuario que pueden encontrar en el ERNA un camino de revitalización. Igualmente importante, ahí donde existen condiciones más favorables para el desarrollo agrícola, las instituciones locales pueden identificar aquellas inversiones que propicien el fortalecimiento de articulaciones más sólidas entre la agricultura, la agroindustria, el comercio y otros servicios. En tercer lugar, los recursos que dependen de decisiones locales se pueden emplear de tal forma de romper la tradicional desconexión funcional y estructural entre los núcleos urbanos y su entorno rural, propiciando en cambio una mayor integración y complementariedad entre ambos segmentos de los territorios rurales.

Las actividades de desarrollo agropecuario también pueden promover el ERNA. La modernización y la competitividad del sector agropecuario están articuladas al desarrollo no sólo de la productividad de la producción primaria, sino también de los sectores industriales, comerciales y de servicios que son característicos de la agricultura moderna. Las políticas de fomento tecnológico (investigación, asistencia técnica, transferencia de tecnología), de capacitación y formación de recursos humanos, de tierras y reforma agraria, y de financiamiento, no son neutrales en este aspecto. Esta consideración está muchas veces ausente en el diseño de las políticas de fomento agropecuario, y en otros casos si bien existe una apertura nominal a propiciar el fortalecimiento de cadenas agroindustriales y agrocomerciales, en la implementación se establecen condiciones o se toman decisiones que no permiten alcanzar este propósito: Se privilegia el desarrollo tecnológico en rubros con bajo potencial de articulación con la industria o los servicios, se capacita sola o prioritariamente en oficios vinculados a la producción primaria, se establecen restricciones al crédito para que se orienten principalmente a las inversiones o a financiar el capital de trabajo al nivel de las fincas marginando a las empresas que prestan servicios a la agricultura o que procesan sus productos, y se diseñan los asentamientos de reforma agraria con una lógica agrícola exclusivamente.

Fortalecer la institucionalidad pública para que los aspectos vinculados al ERNA no sean “temas huérfanos”. Los ministerios responsables de las políticas industriales, de vivienda, de obras públicas y de educación, tienen una marcada orientación urbana. Los ministerios sectoriales agropecuarios se caracterizan, como es de esperar, por su orientación agrícola. ¡La consecuencia es que nadie es o se siente plenamente responsable de aquellas políticas que son indispen-

sables para propiciar el desarrollo de las actividades que son responsables ni más ni menos que del 40% del ingreso de los hogares rurales de la región!

Inversiones en educación y en infraestructura favorecen el ERNA. Dentro de todos los factores que influyen positivamente en promover el ERNA, la educación y la infraestructura de caminos y carreteras son cruciales. En este sentido las políticas y programas pueden incluir elementos que estén expresamente orientados a la promoción del ERNA. Por ejemplo, en varios países se está experimentando con planes de mejoramiento de la calidad y de la relevancia de la educación pública, incluyendo la educación técnica rural; pero con frecuencia estos programas asumen que la educación rural relevante es aquélla que prepara a los jóvenes para desempeñarse en el sector agropecuario, sin considerar la importancia creciente de las actividades rurales no agrícolas. Igualmente, las políticas de infraestructura (caminos, irrigación) a veces contienen componentes diseñados para preparar a la población a tomar ventaja de las nuevas condiciones, pero éstos con frecuencia se reducen al ámbito agropecuario, dejando a un lado las nuevas opciones en materia de turismo, industria y manufactura, comercio y otros servicios. Con frecuencia no se piensa que una carretera no sólo servirá para sacar la producción agrícola al mercado, sino también para que más habitantes de las ciudades viajen al campo los fines de semana y durante sus vacaciones, o que la nueva represa no sólo permitirá intensificar la producción agrícola sino que también estimulará el surgimiento de actividades turísticas y recreacionales.

Las políticas de fomento del ERNA deben considerar que el género es, sin duda, una importante determinante del acceso a empleos rurales no agrícolas. Las políticas y

programas de apoyo a la mujer rural, deberían brindar mayor atención a facilitar su acceso al mercado de trabajo asalariado en la agroindustria, el comercio y otros servicios, revisando el actual sesgo a favor de la creación de microempresas manufactureras que, a la luz de los estudios disponibles, parecen ofrecer menos oportunidades para un desarrollo real de las mujeres rurales como agentes de procesos económicos sostenibles en el tiempo. La educación, la capacitación laboral, el mejoramiento de los caminos y de los sistemas de transporte que permitan un más fácil desplazamiento de las mujeres entre sus hogares y sus lugares de trabajo, la creación de guarderías infantiles, y la revisión de las políticas laborales y de seguridad social y su adecuada fiscalización, son instrumentos indispensables para fortalecer la capacidad de las mujeres de acceder con mayores ventajas al mercado de trabajo rural no agrícola.

Los proyectos de desarrollo rural con financiamiento de los organismos multilaterales y de la cooperación internacional deben partir de la base de que en América Latina y el Caribe, crecientemente lo rural no es sinónimo de lo agropecuario. En consecuencia, deben diseñarse pensando en acciones orientadas al conjunto del espacio rural, que incluye el espacio agrícola y el de los pequeños y medianos núcleos urbanos. Deben generar incentivos y desarrollar capacidades no sólo para las actividades agropecuarias, sino que para el conjunto de empleos que son relevantes para los habitantes rurales. Deben considerar como unidades objeto del desarrollo a las fincas y también a los hogares. Y, esencialmente, deben ser capaces de ofrecer opciones diferenciadas para los distintos estratos sociales que conforman la población rural: los agricultores y los habitantes rurales sin tierra, los hombres y las mujeres, los empleados por cuenta propia y los asalariados.

Identificar recursos públicos y privados adicionales a los de desarrollo agropecuario para promover el ERNA. El fomento del empleo y del ingreso rurales no agrícolas no puede hacerse a costa de reasignar los recursos que hasta ahora han estado disponibles para el desarrollo sectorial agropecuario. Después de todo, el empleo agrícola sigue siendo responsable directo del 60% del in-

greso rural, y ese porcentaje se eleva significativamente si consideramos los ingresos no agrícolas pero que provienen de las actividades directamente encadenadas y dependientes de la producción agropecuaria (agroindustria, comercio de insumos y productos, servicios de maquinaria y de transporte, servicios profesionales).

Referencias

- Anderson-Schaffner, J. 1998. Rural Nonfarm Labor in Developing Countries: A Research Agenda Paper Prepared for IFPRI Conference.
- Baumeister, E. 1999. Empleo e ingreso rural no agrícola en Nicaragua: evidencia de un estudio a escala municipal. Documento presentado en el taller "Desarrollo del Empleo Rural No Agrícola" organizado por el BID, CEPAL, FAO e International Network for Research in Farming Systems, Santiago, Chile, 6-8 de septiembre de 1999.
- Bhalla, S. 1997. The Rise and Fall of Workforce Diversification Processes in Rural India: A Regional and Sectoral Analysis, mimeo, IFPRI.
- Berdegú, J. A., Ramírez, E., Reardon, T., y Escobar, G. 2001. Rural Nonfarm Employment and Incomes in Chile. *World Development* 29 (3): 411-425.
- Berdegú, J. A., Reardon, T., y Escobar, G. 2001. La creciente importancia del empleo y el ingreso rurales no agrícolas. En *Desarrollo de las Economías Rurales*, R.G. Echeverría (ed.). Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. 1999. *Social Panorama of Latin America, 1998*. Santiago, Chile: CEPAL.
- _____, 2000. Empleo rural no agrícola y pobreza en América Latina: Tendencias recientes. Documento de Discusión. Santiago, Chile.
- Corral L., Reardon, T. 2001. Rural Nonfarm Incomes in Nicaragua. *World Development* 29(3): 427-442.
- Da Silva J.G. 1998. *Novo Rural Brasileiro*. Campinas, Brasil: Instituto de Economía, Universidad de Campinas.
- Deininger K. y Olinto, P. 2001. Rural Nonfarm Employment and Income Diversification in Colombia. *World Development* 29(3): 455-465.
- De Janvry A., Sadoulet, E. 1995. Project Evaluation for Sustainable Rural Development: Plan Sierra en the Dominican Republic. *Journal of Environmental Economics and Management* 28(2): 135-54.
- De Janvry A., Sadoulet, E. 2001. Income Strategies Among Rural Households in Mexico: The Role of Off-farm Activities. *World Development* 29(3): 467-480.
- De Janvry A., Sadoulet, E. 2001. La inversión en desarrollo rural es buen negocio. En *Desarrollo de las Economías Rurales*, R.G. Echeverría (ed.). Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.

- Del Grossi, M.E. y Graziano da Silva, J. 1998. A Pluriatividade na Agropecuária Brasileira em 1995. *Estudos Sociedade e Agricultura*, 11, 26-52.
- _____, 2001. Rural Nonfarm Employment and Incomes in Brazil: Patterns and Evolution. *World Development* 29(3): 443-453.
- Echeverri, R. 1999. Empleo e ingreso rurales no agrícolas en Colombia. Ponencia en el Seminario Latinoamericano sobre Desarrollo del Empleo Rural No Agrícola, Santiago, Chile, septiembre de 1999, BID-FAO-CEPAL-RIMISP.
- Echeverría, R.G. 2000. Opciones para reducir la pobreza rural en América Latina y el Caribe. *Revista de la CEPAL*, Abril: 147-160. Santiago. CEPAL.
- Elbers y Lanjouw, P. 2001. Intersectoral Transfer, Growth, and Inequality in Rural Ecuador. *World Development* 29(3): 481-496.
- Escobal, J., V. Agreda y J. Aguero. 1998. Las determinantes de la distribución del trabajo entre actividades agrícolas y no agrícolas en el sector rural del Perú. Ponencia en el III Simposio Latinoamericano de Investigación y Extensión de Sistemas Agropecuarios. Centro Internacional de la Papa, Lima, Perú.
- Escobal, J. 2000. Las determinantes de la distribución del trabajo entre actividades agrícolas y no agrícolas en el sector rural del Perú.
- Ferreira F., Lanjouw, P. 2001. Rural Nonfarm Activities and Poverty in the Brazilian Northeast. *World Development* 29(3): 509-528.
- Figuroa, A. 1981. *La economía campesina en la Sierra del Perú*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hymer, S. and Resnick, S. 1969. A Model of an Agrarian Economy with Non-agricultural Activities. *American Economic Review*, (50), 493-506.
- Klein, E. 1992. El empleo rural no agrícola en América Latina. Informe No. 364. PREALC, Santiago, Chile.
- Lanjouw, P. 1998. Ecuador's Rural Nonfarm Sector as a Route Out of Poverty. Policy Research Working Paper 1904, Banco Mundial, Washington, D.C.
- _____. 2001. Nonfarm Employment and Poverty in Rural El Salvador. *World Development* 29(3): 529-547.
- Mellor, J. 1976. *The New Economics of Growth: A Strategy for India and the Developing World*, Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

- Ranis, G. y F. Stewart. 1993. Rural Non-agricultural Activities in Development: Theory and Application. *Journal of Development Economics* 40: 75-101.
- Reardon, T., Berdegúe, J. y Escobar, G. 2001. Rural Nonfarm Employment and Incomes in Latin America: Overview and Policy Implications. *World Development* 29(3): 395-409.
- Ruben, R. y van den Berg, M. 2000. Farmer's Selective Participation in Rural Markets: Off-Farm Employment in Honduras. En Ruben, R. y Bastiaensen, J., *Rural Development in Central America: Markets, Livelihoods and Local Governance*. Houdsmills/New York: Macmillan Press/St. Martin's Press, 180-209.
- Weller, J. 1997. El empleo rural no agropecuario en el istmo centroamericano. *Revista de la CEPAL*, 62, 75-90.
- Wiens, T., C. Sobrado. 1998. Haiti: The Challenges of Poverty Reduction Volume 2, Technical Papers. Washington, D.C.: Banco Mundial.